
GABRIEL
GARCÍA
MÁRQUEZ
PREMIO NOBEL DE LITERATURA
EN AGOSTO
NOS VEMOS
RANDOM
HOUSE

GABRIEL
GARCÍA
MÁRQUEZ

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

EN AGOSTO NOS VEMOS

Edición al cuidado de Cristóbal Pera



RANDOM HOUSE

Prólogo

La pérdida de memoria que sufrió nuestro padre en sus últimos años fue, como es fácil de imaginar, durísima para todos nosotros. Pero en particular la manera en que esa pérdida disminuyó sus posibilidades de continuar escribiendo con su rigor de costumbre fue para él una fuente de frustración desesperante. Nos lo dijo una vez con la claridad y la elocuencia de un gran escritor: «La memoria es a la vez mi materia prima y mi herramienta. Sin ella, no hay nada».

En agosto nos vemos fue el fruto de un último esfuerzo por seguir creando contra viento y marea. El proceso fue una carrera entre el perfeccionismo del artista y el desvanecimiento de sus facultades mentales. El largo ir y venir de las muchas versiones del texto es descrito en detalle, mucho mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros, por nuestro amigo Cristóbal Pera en sus notas para esta edición. En su momento, sólo sabíamos de la sentencia final de Gabo: «Este libro no sirve. Hay que destruirlo».

No lo destruimos, pero lo dejamos a un lado, con la esperanza que el tiempo decidiera qué hacer con él. Leyéndolo una vez más a casi diez años de su muerte descubrimos que el texto tenía muchísimos y muy disfrutables méritos. En efecto, no está tan pulido como lo están sus más grandes libros. Tiene algunos baches y pequeñas contradicciones, pero nada que impida gozar de lo más sobresaliente de la obra de Gabo: su capacidad de invención, la poesía del lenguaje, la narrativa cautivadora, su entendimiento del ser humano y su cariño por sus vivencias y sus desventuras, sobre todo en el amor. El amor, posiblemente el tema principal de toda su obra.

Al juzgar el libro mucho mejor de cómo lo recordábamos, se nos ocurrió otra posibilidad: que la falta de facultades que no le permitieron a Gabo terminar el libro también le impidieron darse cuenta de lo bien que estaba, a pesar de sus imperfecciones. En un acto de traición, decidimos anteponer el placer de sus lectores a todas las demás consideraciones. Si ellos lo celebran, es posible que Gabo nos perdone. En eso confiamos.

RODRIGO y GONZALO GARCÍA BARCHA

EN AGOSTO
NOS VEMOS

1

Volvió a la isla el viernes 16 de agosto en el transbordador de las tres de la tarde. Llevaba pantalones vaqueros, camisa de cuadros escoceses, zapatos sencillos de tacón bajo y sin medias, una sombrilla de raso, su bolso de mano y como único equipaje un maletín de playa. En la fila de taxis del muelle fue directa a un modelo viejo carcomido por el salitre. El chofer la recibió con un saludo de amigo y la llevó dando tumbos a través del pueblo indigente, con casas de bahareque, techos de palma amarga y calles de arena ardiente frente a un mar en llamas. Tuvo que hacer cabriolas para sortear los cerdos impávidos y a los niños desnudos que lo burlaban con pases de torero. Al final del pueblo se enfiló por una avenida de palmeras reales donde estaban las playas y los hoteles de turismo, entre el mar abierto y una laguna interior poblada de garzas azules. Por fin se detuvo en el hotel más viejo y desmerecido.

El conserje la esperaba con la ficha de inscripción lista para firmar y las llaves de la única habitación del segundo piso que daba a la laguna. Subió las escaleras con cuatro zancadas y entró en el cuarto pobre con un olor de insecticida reciente y casi ocupado por completo con la enorme cama matrimonial. Sacó del maletín un neceser de cabritilla y un libro intonso que puso en la mesa de noche con una página marcada por el cortapapeles de marfil. Sacó una camisola de dormir de seda rosada y la puso debajo de la almohada. Sacó también una pañoleta de seda con estampados de pájaros ecuatoriales, una camisa blanca de manga corta y unos zapatos de tenis muy usados, y los llevó al baño.

Antes de arreglarse se quitó el anillo de casada y el reloj de hombre que usaba en el brazo derecho, los puso en la repisa del tocador y se hizo abluciones rápidas en la cara para lavarse el polvo del viaje y espantar el sueño de la siesta. Cuando acabó de secarse sopesó en el espejo sus senos redondos y altivos a pesar de sus dos partos. Se estiró las mejillas hacia atrás con los cantos de las manos para acordarse de cómo había sido joven. Pasó por alto las arrugas del cuello, que ya no tenían remedio, y se revisó los dientes perfectos y recién cepillados después del almuerzo en el transbordador. Se frotó con el pomo de desodorante las axilas bien afeitadas y se puso la camisa de algodón fresco con las iniciales AMB bordadas en el bolsillo. Se cepilló el cabello indio, largo hasta los hombros, y se amarró la cola de caballo con la pañoleta de pájaros. Para terminar, se suavizó los labios con lápiz labial de vaselina simple, se humedeció los índices en la lengua para alisarse las cejas encontradas, se dio un toque de Maderas de Oriente detrás de cada oreja, y se enfrentó por fin al espejo con su rostro de madre otoñal. La piel sin un rastro de cosméticos tenía el color y la textura de la melaza, y los ojos de topacio eran hermosos con sus oscuros párpados portugueses. Se trituró a fondo, se juzgó sin piedad, y se encontró casi tan bien como se sentía. Sólo cuando se puso el anillo y el reloj se dio cuenta de su retraso: faltaban seis para las cuatro, pero se concedió un minuto de nostalgia para contemplar las garzas que planeaban inmóviles en el sopor ardiente de la laguna.

El taxi la esperaba bajo los platanales del portal. Arrancó sin esperar órdenes por la avenida de palmeras hasta un claro de los hoteles donde estaba el mercado popular al aire libre, y se detuvo en un puesto de flores. Una negra grande que dormitaba en una silla de playa despertó sobresaltada por la bocina, reconoció a la mujer en el asiento posterior del automóvil, y le dio entre risas y cháchara el ramo de gladiolos que había encargado para ella. Unas cuadras más adelante el taxi torció por un sendero apenas transitable que subía por una cornisa de piedras afiladas. A través del aire cristalizado por el calor se veía el Caribe abierto, los yates de placer alineados en la dársena del turismo, el transbordador de las cuatro que regresaba a la

ciudad. En la cumbre de la colina estaba el cementerio más pobre. Empujó sin esfuerzo el portón oxidado y entró con el ramo de flores en el sendero de túmulos ahogados por la maleza. En el centro había una ceiba de grandes ramas que la orientó para identificar la tumba de su madre. Las piedras afiladas hacían daño aun a través de las suelas de caucho recalentado, y el sol áspero se filtraba por el raso de la sombrilla. Una iguana surgió de los matorrales, se detuvo en seco frente a ella, la miró un instante y escapó en estampida.

Se puso un guante de jardín que llevaba en el bolso, y había tenido que limpiar tres lápidas cuando reconoció la de mármol amarillento con el nombre de la madre y la fecha de su muerte, ocho años antes.

Había repetido aquel viaje cada 16 de agosto a la misma hora, con el mismo taxi y la misma florista, bajo el sol de fuego del mismo cementerio indigente, para poner un ramo de gladiolos frescos en la tumba de su madre. A partir de ese momento no tenía nada que hacer hasta las nueve de la mañana del día siguiente, cuando salía el primer transbordador de regreso.

Se llamaba Ana Magdalena Bach, había cumplido cuarenta y seis años de nacida y veintisiete de un matrimonio bien avenido con un hombre que amaba y que la amaba, y con el cual se casó sin terminar la carrera de Artes y Letras, todavía virgen y sin noviazgos anteriores. Su madre había sido una célebre maestra de primaria montessoriana que, a pesar de sus méritos, no quiso ser nada más hasta su último aliento. Ana Magdalena heredó de ella el esplendor de los ojos dorados, la virtud de las pocas palabras y la inteligencia para manejar el temple de su carácter. Era una familia de músicos. Su padre había sido maestro de piano y director del Conservatorio Provincial durante cuarenta años. Su marido, también hijo de músicos y director de orquesta, sustituyó a su maestro. Tenían un hijo ejemplar que era el primer chelo de la Orquesta Sinfónica Nacional a los veintidós años, y había sido aplaudido por Mstislav Leopóldovich Rostropóvich en una sesión privada. En cambio, la hija de dieciocho años tenía una facilidad casi genial para aprender de oído cualquier instrumento, pero sólo le gustaba como pretexto para no dormir en casa. Estaba de amores alegres con un excelente trompetista de jazz, pero quería

profesar en la orden de las Carmelitas Descalzas contra el parecer de sus padres.

La voluntad de ser enterrada en la isla la había expresado su madre tres días antes de morir. Ana Magdalena quiso viajar al entierro, pero a nadie le pareció prudente, pues ella misma no creyó que pudiera sobrevivir a la congoja. Su padre la llevó a la isla el primer aniversario para poner la lápida de mármol que estaban debiéndole a la tumba. La asustó la travesía en una canoa con motor fuera de borda que demoró casi cuatro horas sin un instante de buena mar. Admiró las playas de harina dorada al borde mismo de la selva virgen, la algarabía de los pájaros y el vuelo fantasmal de las garzas en el remanso de la laguna interior. La deprimió la miseria de la aldea, donde tuvieron que dormir a la intemperie en hamacas colgadas entre dos cocoteros, a pesar de que allí habían nacido una poeta y un senador grandilocuente que estuvo a punto de ser presidente de la República. La impresionó la cantidad de pescadores negros con el brazo mutilado por la explosión prematura de los tacos de dinamita. Sin embargo, por encima de todo, comprendió la voluntad de su madre cuando vio el esplendor del mundo desde la cumbre del cementerio. Era el único lugar solitario donde no podía sentirse sola. Fue entonces cuando Ana Magdalena Bach se impuso el propósito de dejarla allí donde estaba y llevar todos los años un ramo de gladiolos para su tumba.

Agosto era el mes de los calores y los aguaceros locos, pero ella lo entendió como una más de las penitencias que debía cumplir sin falta y siempre sola. La única debilidad la tuvo ante la insistencia de sus hijos por conocer la tumba de la abuela, y la naturaleza se la cobró con una travesía pavorosa. La lancha zarpó a pesar de la lluvia para que no les anocheciera en el camino y los niños llegaron aterrorizados y vencidos por el mareo. Esa vez, por fortuna, pudieron dormir en el primer hotel de turismo que el senador construyó a nombre suyo con dineros del estado.

Ana Magdalena Bach había visto crecer año tras año los acantilados de vidrio que aumentaban mientras la aldea se empobrecía. Las lanchas de motor fueron jubiladas por el

transbordador. La travesía siguió siendo de cuatro horas, pero con aire acondicionado, orquesta y muchachas de placer. Solo ella mantuvo la rutina como el visitante más puntual de la aldea.

Volvió al hotel, se tendió en la cama sin más ropas que las bragas de encajes, y reanudó la lectura del libro en la página marcada con el cortapapeles bajo las aspas del ventilador del techo que apenas si removían el calor. El libro era *Drácula*, de Bram Stoker. Había leído la mitad en el transbordador con el fervor de una obra maestra. Se quedó dormida con el libro en el pecho y despertó dos horas después en las tinieblas, empapada en sudor y muerta de hambre.

El bar del hotel estaba abierto hasta las diez de la noche y había bajado a comer cualquier cosa antes de dormir. Notó que había más clientes que de costumbre a esa hora, y el mesero no le pareció el mismo de antes. Ordenó, para no equivocarse, el mismo sánduiche de jamón y queso de otros años, con pan tostado y café con leche. Mientras se lo llevaban cayó en la cuenta de que estaba rodeada por los mismos turistas mayores de cuando el hotel era el único. Una niña mulata cantaba boleros tristes y el mismo Agustín Romero, ya viejo y ciego, la acompañaba con amor en el mismo piano decrépito de la fiesta inaugural.

Ella terminó de prisa, tratando de sobreponerse a la humillación de comer sola, pero se sintió bien con la música, que era suave y sedante, y la niña sabía cantar. Cuando terminó sólo quedaban tres parejas en mesas dispersas, y justo frente a ella un hombre distinto que no había visto entrar. Vestía de lino blanco, con el cabello metálico. Tenía en la mesa una botella de brandy y una copa a la mitad, y parecía estar solo en el mundo.

El piano inició el *Claro de luna* de Debussy en un aventurado arreglo para bolero, y la niña mulata la cantó con amor. Conmovida, Ana Magdalena Bach pidió una ginebra con hielo y soda, el único alcohol que sobrellevaba bien. El mundo cambió desde el primer sorbo. Se sintió pícara, alegre, capaz de todo, y embellecida por la mezcla sagrada de la música con la ginebra. Pensaba que el hombre de la mesa de enfrente no la había visto, pero lo sorprendió observándola cuando lo miró por segunda vez. Él se ruborizó. Ella le sostuvo la

mirada mientras él miró el reloj de leontina. Lo guardó azorado, se sirvió otro vaso, pendiente de la puerta, ofuscado, porque ya era consciente de que ella lo observaba sin misericordia. Entonces la miró de frente. Ella le sonrió y él la saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¿Puedo invitarla a una copa? —le preguntó.

—Sería un placer —dijo ella.

Él pasó a su mesa y le sirvió un trago con muy buen estilo.

—Salud —dijo.

Ella se puso a tono, y ambos bebieron de un golpe. Él se atragantó, tosió con sobresaltos de todo el cuerpo y quedó bañado en lágrimas. Guardaron un largo silencio hasta que él se secó con un pañuelo perfumado de lavanda y recobró la voz. Ella se atrevió a preguntarle si no esperaba a nadie.

—No —dijo él—. Era un asunto importante pero ya no fue.

Ella preguntó con una expresión de incredulidad calculada:

—¿Negocios?

Él le respondió:

—Ya no estoy para otras cosas.

Pero lo dijo en el tono de los hombres cuando quieren que no les crean. Ella lo complació, y lo remató como una gran plebeya, ajena a su modo de ser, pero bien medida:

—Será en su casa.

Así siguió pastoreándolo con su tacto fino, hasta enredarlo en una charla banal. Jugó a adivinarle la edad, y se equivocó por un año de más: cuarenta y seis. Jugó a descubrir su país de origen por el acento, y a la tercera vez fue la vencida: gringo hispánico. Probó a adivinar la profesión, y a la segunda tentativa él se apresuró a decirle que era ingeniero civil, y ella sospechó que era una artimaña para impedirle que tropezara con la verdad.

Hablaron sobre la audacia de convertir en bolero una pieza de Debussy, pero él no lo había advertido. Sin duda se dio cuenta de que ella sabía de música y él no había pasado del *Danubio azul*. Ella le contó que estaba leyendo *Drácula* de Stoker. Él lo había leído en el

colegio, y seguía impresionado con el episodio del conde que desembarcó en Londres transformado en perro. Ella estuvo de acuerdo, y no entendía por qué Francis Ford Coppola lo había cambiado en su película inolvidable. En el segundo trago ella sintió que el brandy se había encontrado con la ginebra en alguna parte de su corazón, y tuvo que concentrarse para no perder la cabeza. La música se acabó a las once y la orquesta sólo esperaba que ellos se fueran para cerrar.

Ella lo conocía entonces como si hubiera vivido con él desde siempre. Sabía que era aseado, impecable en el vestir, con unas manos mudas agravadas por el esmalte natural de las uñas, y un corazón bueno y cobarde. Se dio cuenta de que estaba cohibido por sus grandes ojos amarillos y no los apartó de él. Entonces se sintió fuerte para dar el paso que no se le había ocurrido ni en sueños en toda su vida, y lo dio sin misterios:

—¿Subimos?

Él había perdido el poder.

—No vivo aquí —dijo.

Pero ella no esperó siquiera a que terminara de decirlo.

—Yo sí —dijo, y se levantó y sacudió apenas la cabeza para dominarla—. Segundo piso, número 203, a la derecha de la escalera. No toque, empuje nada más.

Subió a la habitación con el terror delicioso que no había vuelto a sentir desde su noche de bodas. Encendió el ventilador, pero no la luz, se desnudó en la oscuridad sin detenerse, y dejó el reguero de ropa en el suelo desde la puerta hasta el baño. Cuando encendió el foco del tocador tuvo que cerrar los ojos y aspirar hondo para regular la respiración y el temblor de las manos. Se lavó el sexo a toda prisa, las axilas y los dedos de los pies macerados por el caucho de los zapatos, pues, a pesar de los sudores de la tarde, no había pensado bañarse hasta el día siguiente. Sin tiempo de cepillarse los dientes, se puso en la lengua una pizca de pasta dentífrica y volvió al cuarto iluminado apenas por la luz diagonal del tocador.

No esperó a que su invitado empujara la puerta, sino que la abrió desde dentro cuando lo sintió llegar. Él se asustó, pero ella no le dio

tiempo de más en la oscuridad. Le quitó la chaqueta a zarpazos enérgicos, la corbata, la camisa, y fue tirando todo en el suelo por encima de su hombro. A medida que lo hacía, el aire se iba impregnando de un tenue olor de lavanda. El hombre trató de ayudarla al principio, pero ella no le dio tiempo. Cuando lo tuvo desnudo hasta la cintura lo sentó en la cama y se arrodilló para quitarle los zapatos y las medias. Él se soltó al mismo tiempo la hebilla del cinturón y se desabotonó la bragueta, de modo que a ella le bastó con jalar los pantalones para quitárselos. Ninguno de los dos se preocupó por las llaves y los billetes y monedas y la navaja que rodaron por el suelo. Por último, lo ayudó a sacarse el calzoncillo a lo largo de las piernas, y se dio cuenta de que no era tan bien servido como su esposo, que era el único adulto que conocía desnudo, pero estaba sereno y enarbolado.

No le dejó ninguna iniciativa. Se acaballó sobre él hasta el alma y lo devoró para ella sola y sin pensar en él, hasta que ambos quedaron perplejos y exhaustos en una sopa de sudor. Permaneció encima, luchando contra las primeras dudas de su conciencia bajo el ruido sofocante del ventilador, hasta que se dio cuenta de que él no respiraba bien, abierto en cruz bajo el peso de su cuerpo, y se tendió de espaldas a su lado. Él permaneció inmóvil hasta que tuvo el primer aliento para preguntar:

—¿Por qué yo?

—Fue una inspiración —dijo ella.

—Viniendo de una mujer como usted —dijo él—, es un honor.

—Ah —bromeó ella—. ¿No fue un placer?

Él no contestó, y ambos yacieron pendientes de los ruidos de sus almas. El cuarto era hermoso en la penumbra verde de la laguna. Se oyó un aleteo. Él preguntó:

—¿Qué es eso?

Ella le habló de los hábitos de las garzas en la noche. Al cabo de una hora larga de susurros banales empezó a explorarlo con los dedos, muy despacio, desde el pecho hasta el bajo vientre. Siguió con el tacto de sus pies a lo largo de las piernas, y comprobó que todo él estaba cubierto por un vello espeso y tierno como musgo en abril. Luego

volvió a buscar con los dedos el animal en reposo, y lo encontró desalentado pero vivo. Él se lo hizo más fácil con un cambio de posición. Ella lo reconoció con las yemas de los dedos: el tamaño, la forma, el frenillo acezante, el glande de seda, rematado por un dobladillo que parecía cosido con agujas de enfardelar. Contó al tacto las puntadas, y él se apresuró a aclararle lo que ella había imaginado:

—Me circuncidaron de adulto. —Y agregó con un suspiro—: Fue un placer muy raro.

—Por fin —dijo ella sin clemencia— algo que no fue un honor.

Se apresuró a mitigarlo de golpe con besos tiernos en la oreja, en el cuello, él la buscó con los labios y se besaron en la boca por primera vez. Ella volvió a buscarlo, y lo encontró armado. Quiso asaltarlo de nuevo, pero él se le reveló como un amante exquisito que la elevó sin prisa hasta el grado de ebullición. Ella se sorprendió de que unas manos tan primarias fueran capaces de semejante ternura, y trató de resistir con coqueteos fáciles. Pero él se le impuso con firmeza, la manejó a su gusto y manera, y la hizo feliz.

Habían dado las dos cuando un trueno sacudió los estribos de la casa, y el viento forzó el pestillo de la ventana. Ella se apresuró a cerrarla, y en el mediodía instantáneo de otro relámpago vio la laguna encrespada, y a través de la lluvia vio la luna inmensa en el horizonte y las garzas azules aleteando sin aire en la borrasca. Él dormía.

De regreso a la cama se le enredaron los pies en la ropa de ambos. Dejó la suya en el suelo para recogerla después, y colgó la chaqueta de él en la silla, colgó encima la camisa y la corbata, dobló los pantalones con cuidado para no arrugar la línea, y puso encima las llaves, la navaja y el dinero. El aire del cuarto había refrescado por la tormenta, así que se puso la camisola rosada de una seda tan pura que le erizó la piel. El hombre, dormido de costado y con las piernas encogidas, le pareció un huérfano enorme y no pudo resistir una ráfaga de compasión. Se acostó a sus espaldas, lo abrazó por la cintura, y el resplandor de su cuerpo ensopado acabó de despertarlo. Él soltó un resuello áspero y se apartó dormido. Ella se durmió apenas, y despertó en el vacío del ventilador eléctrico cuando se fue la luz y el cuarto quedó en penumbra ardiente. Él roncaba entonces con un silbido

continuo. Por simple travesura, ella empezó a toquetearlo con la punta de los dedos. Él dejó de roncar con un sobresalto abrupto y empezó a revivir. Ella lo abandonó por un instante y se quitó de un tirón la camisola de dormir. Pero cuando volvió a él fueron inútiles sus artes, pues se dio cuenta de que se hacía el dormido para no complacerla por tercera vez. Así que volvió a ponerse la camisola, y se durmió de espaldas a él.

Su horario natural la despertó a las seis. Yació un instante divagando con los ojos cerrados, sin atreverse a admitir el latido de dolor de sus sienes, ni la náusea helada, ni el desasosiego por algo ignoto que sin duda la esperaba en la vida real. Por el ruido del ventilador se dio cuenta de que la alcoba era ya visible en el alba azul de la laguna. De pronto, como el rayo de la muerte, la fulminó la conciencia brutal de que había fornicado y dormido por la primera vez en su vida con un hombre que no era el suyo. Se volvió a mirarlo asustada por encima del hombro, y no estaba. Tampoco estaba en el baño. Encendió las luces generales, y vio que no estaba la ropa de él, y en cambio la suya, que había tirado por el suelo, estaba doblada y puesta casi con amor en la silla. Solo entonces se dio cuenta de que no sabía nada de él, ni siquiera el nombre, y lo único que le quedaba en su noche loca era un triste olor de lavanda en el aire purificado por la borrasca. Sólo cuando cogió el libro de la mesa de noche para guardarlo en el maletín se dio cuenta de que él le había dejado entre sus páginas de horror un billete de veinte dólares.

2

Nunca más volvería a ser la misma. Lo había vislumbrado en el transbordador de regreso, entre las hordas de turistas que siempre le habían sido ajenas y que de pronto y sin motivos claros se le volvieron abominables. Ella fue siempre una buena lectora. Le había faltado poco para terminar la carrera de Artes y Letras, y leyó con rigor lo que tenía que leer, y siguió leyendo lo que más le gustaba: novelas de amor de autores conocidos, y mejor cuanto más largas y desdichadas. Siguió varios años con novelas cortas de cualquier género, del orden de *El lazarillo de Tormes*, *El viejo y el mar*, *El extranjero*. Detestaba los libros de moda y sabía que el tiempo no le alcanzaba para ponerse al día. En los años recientes se había metido a fondo en las novelas sobrenaturales. Pero aquel día se había tendido al sol en la cubierta y no pudo leer ni una letra, ni pensar en nada distinto de su noche anterior.

Los edificios del puerto, tan familiares y esbeltos desde sus años de colegiala, le parecieron ajenos y carcomidos por el salitre. Tomó en el muelle un autobús de servicio público tan decrépito como los de sus años escolares, atestados de pobres y con el radio a un volumen de carnaval, pero el de aquel mediodía sofocante le pareció más incómodo que nunca, y por primera vez le molestó el mal humor y el tufo de establo de sus pasajeros. Los bazares tumultuosos del mercado público, que desde niña tuvo como muy suyos y donde apenas la semana anterior había estado de compras con su hija sin el menor sobresalto, la estremecieron como las calles de Calcuta, donde las cuadrillas de basureros golpeaban con bastones los cuerpos tendidos

en los andenes al amanecer para saber cuáles estaban dormidos y cuáles muertos. En la rotonda de la Independencia vio la estatua ecuestre de El Libertador inaugurada treinta años antes, y sólo aquel día se dio cuenta de que el caballo estaba encabritado y la espada esgrimida contra el cielo.

Al entrar en la casa le preguntó asustada a Filomena qué desastre había ocurrido en su ausencia que los pájaros no cantaban en las jaulas y habían desaparecido de la terraza interior las macetas de flores amazónicas, los helechos colgados, las guirnaldas de enredaderas azules. Filomena, la criada eterna, le recordó que las habían sacado al patio para que gozaran de la lluvia, tal como ella lo había ordenado antes de irse. Sin embargo, le hicieron falta varios días para tomar conciencia de que los cambios no eran del mundo sino de ella misma, que siempre anduvo por la vida sin mirarla, y sólo aquel año al regreso de la isla empezó a verla con los ojos del escarmiento.

Aunque no fuera consciente de las razones de su cambio, algo tenía que ver con ellas el billete de veinte dólares que llevaba en la página ciento dieciséis de su libro. Lo había padecido con un sentimiento de humillación insoportable y sin un instante de sosiego. Había llorado de rabia por la frustración de no saber quién era el hombre a quien tendría que matar por haber envilecido el recuerdo de una aventura feliz. Durante la travesía de mar se sintió en paz consigo misma por un acto sin amor que calificó para su conciencia como un asunto privado entre ella y el esposo, pero no pudo superar el reconcomio del billete que sentía arder como una brasa viva, no tanto en su cartera como en su corazón. No sabía si enmarcarlo como un trofeo o destruirlo para conjurar la indignidad. Lo único que no le parecía decente era gastarlo.

El día se acabó de estropear cuando Filomena le dijo que el esposo no se había levantado todavía a las dos de la tarde. No recordaba que eso hubiera ocurrido alguna vez, salvo los pocos sábados en que trasnochaban juntos y se quedaban domingos enteros en la cama. Lo encontró postrado por el dolor de cabeza. Había dejado las cortinas abiertas y la luz cegadora de las dos de la tarde reverberaba dentro del

dormitorio. Ella las cerró y se dispuso a animar al marido con un saludo cariñoso, pero se lo impidió un pensamiento sombrío. Casi sin pensarlo le hizo a él la pregunta que ella más temía:

—¿Se puede saber dónde estuviste anoche?

Él la miró asombrado. Esa pregunta, la más común hasta en los matrimonios felices, no se había escuchado nunca en su casa. Así que, más divertido que inquieto, él le preguntó a su vez:

—¿Dónde o con quién?

Ella levantó la guardia:

—¿Qué quieres decir?

Pero él eludió el desafío y le contó que había pasado una espléndida noche de jazz con Micaela, la hija de ambos. Enseguida cambió de tema:

—Por cierto —dijo—. Ni siquiera me has contado cómo te fue.

Ella pensó alarmada que su pregunta impropia hubiera podido remover en él las cenizas de algún viejo recelo. La sola idea la aterró.

—Me fue como siempre —dijo.

La luz se había ido en el hotel y en la mañana no hubo agua en la regadera, mintió, así que venía sin bañarse y con el sudor de dos días. Pero el mar estaba manso y fresco y había podido dormitar a ratos durante el viaje.

Él saltó de la cama, en calzoncillos, como dormía siempre, y fue al baño. Era gigantesco, deportivo, y de una belleza fácil. Ella lo persiguió y allí siguieron conversando, él desde la cabina de la ducha nublada, y ella sentada encima de la tapa del inodoro, como lo hacían de recién casados. Ella reincidió en el tema de la hija indomable. Se llamaba Micaela, como la abuela enterrada en la isla, y estaba empecinada en ser monja, mientras seguía de amores con un virtuoso del jazz poco mayor que ella, con el cual se quedaba de farra hasta el amanecer. Su madre no lo entendía, pero aquella tarde entendía menos que la hija se exhibiera con su padre en un antro de músicos drogados. El marido le soltó una burla alegre:

—No me dirás que estás celándome con nuestra propia hija.

Para ella habría sido un alivio decirle que sí, pero se dio cuenta a tiempo de que no era un buen día para agriar una charla de amor. Él

entonó bajo la regadera los primeros compases del concierto de piano de Grieg, mientras se jabonaba, y de pronto dio un vuelco.

—¿No vienes?

Ella tuvo una sola razón para dudarlo, y para alguien tan escrupulosa como ella era una razón de peso.

—No me baño desde ayer —dijo—. Huelo a perro.

—Razón de más —dijo él—. El agua está deliciosa.

Ella se quitó entonces la camisa escocesa, los pantalones vaqueros y el calzón de encajes con que había regresado de la isla, los echó en la canasta de la ropa sucia y se metió en la cabina. Él le cedió su lugar en la regadera y la jabonó como siempre, de pies a cabeza, sin interrumpir la conversación.

Nada era nuevo, pues habían sabido conservar ciertas costumbres de amantes, y entre ellas la de ducharse al mismo tiempo. Al principio lo hacían porque empezaban a trabajar a la misma hora, y en vez de la eterna disputa clásica de quién se duchaba primero aprendieron a hacerlo juntos. Se jabonaban el uno al otro con tanto amor que muchas veces terminaban revolcándose en el piso del baño sobre una estera de seda comprada por ella a propósito para no estropear sus espaldas con los amores fulminantes.

Los primeros tres años fueron puntuales todos los días, de noche en la cama o por la mañana en el baño, salvo en las treguas sagradas de las reglas y los partos. Ambos vieron a tiempo las amenazas de la rutina, y sin ponerse de acuerdo decidieron sumarle al amor un grano de aventura. En una época solían ir a los moteles de lance, tanto a los más refinados como a los de mala muerte, hasta una noche en que el hotel fue asaltado a mano armada y los dejaron a ellos en los puros cueros. Eran inspiraciones tan imprevistas que ella se acostumbró a llevar los preservativos en la cartera para evitar sorpresas. Hasta que descubrieron por azar una marca que llevaba impreso su anuncio de publicidad: Next Time Buy Lutecian. Así fue como inauguraron una larga época en que cada amor llevaba el premio de una frase feliz, desde chistes procaces hasta sentencias de Séneca.

Con los hijos y los cambios de horario perdieron el buen paso, pero lo retomaban cada vez que podían, y siempre fue un amor alegre en el

que hasta la locura era admisible. Aun en los tiempos menos propicios se las ingeniaron para renovarse, hasta que dieron la vuelta completa y volvieron a la rutina.

Se llamaba Doménico Amarís, un hombre de cincuenta y cuatro años, bien educado, guapo y fino, y director del Conservatorio Provincial desde hacía más de veinte años. Al margen de su excelente calificación de maestro, era un seductor de salón y un caricaturista musical capaz de salvar una fiesta con un bolero de Agustín Lara en el estilo de Chopin o un danzón cubano al modo de Rajmáninov. Había sido campeón universitario de todo: canto, natación, oratoria, tenis de mesa. Nadie contaba un chiste mejor que él, ni conocía como él los bailes raros como la contradanza, el charleston y el tango apache. Era un prestidigitador atrevido que en una cena de gala en el Conservatorio Provincial hizo salir de la sopera un pollo vivo y aleteando cuando el gobernador la destapó para servirse. No se sabía que jugara ajedrez hasta la noche en que lo desafió Paul Badura-Skoda después de un concierto glorioso y empataron once partidas hasta las nueve de la mañana siguiente. Su carrera de bromista duro estuvo a punto de culminar en catástrofe, cuando convenció a las gemelas García de que se intercambiaran los novios, y ambos estuvieron a punto de casarse con la que no era. Fue su última gracia, porque ni el novio ni nadie de las dos familias lo perdonó jamás. Sin embargo, Ana Magdalena se había adaptado a él, se hizo como él, y se conocieron tanto a fondo que terminaron por parecer uno solo.

Él se sentía en su gran momento y con ideas propias. Siempre había pensado que la obra de un gran músico era inseparable de su destino, y creía haberlo comprobado con el estudio sistemático de la música y las vidas de los grandes maestros. Pensaba que la obra más inspirada de Brahms era su concierto para violín, y no entendía cómo no había compuesto además el concierto magistral de chelo que al final compuso Dvořák. Había abandonado la dirección de la orquesta y había dejado de escuchar música grabada, y la prefería leída, como no fuera para apreciar una versión muy rara, pues se bastaba con los talleres experimentales que promovía en su Conservatorio Provincial.

Con estos criterios propios, tal vez indemostrables, estaba

escribiendo un manual para un modo nuevo y más humano de escuchar la música, y un corazón distinto para interpretarla. Tenía muy avanzados los capítulos de tres ejemplos mayores: Mozart y Schubert, genios torrenciales, pero de vidas breves y desdichadas, y Chausson, víctima en su mejor momento de un accidente absurdo en su bicicleta.

La única preocupación familiar, en realidad, era el comportamiento de la hija, Micaela, una díscola encantadora. Seguía empeñada en convencer a sus padres de que ser monja en estos tiempos no era lo mismo que antes, y estaba segura de que en los albores del tercer milenio se acabaría hasta con el voto de castidad. Lo más curioso es que la madre se oponía a su vocación por motivos distintos que el padre. Para éste era un asunto sin importancia, pues ya sobraban músicos en la familia. La misma Ana Magdalena había querido aprender a tocar la trompeta, pero no pudo. Toda la familia sabía cantar. Pero en el caso de la hija, el problema era que había adquirido la feliz costumbre de no dormir de noche. La situación hizo crisis cuando desapareció todo un fin de semana con su trompetista mulato. No recurrieron a la policía porque en los medios de la bohemia juvenil no había amigo que no supiera dónde estaban. Y bien: estaban en la isla. La madre sufrió un terror atrasado. Micaela trató de apaciguarla con la noticia insólita de que había llevado una rosa a la tumba de la abuela. Nunca supieron si fue cierto y la madre no tenía ningún deseo de averiguarlo. Sólo le hizo saber que debió consultarlo con ella por una razón que la hija desconocía, y se lo dijo:

—Mamá odia las rosas.

Doménico Amarís comprendía las causas de la hija, pero no desautorizaba a la esposa por lealtad, y como siempre en esos casos se quedaba en el limbo. Menos mal que Micaela condescendió por varios meses a no trasnochar sino en los fines de semana. Comió a menudo en familia, habló por teléfono hasta tres horas diarias y se encerraba en el cuarto después de la cena con películas de televisión cuyos gritos y explosiones convirtieron la casa en una larga noche de espanto. Para mayor desconcierto de los padres, en las conversaciones de sobremesa daba muestras de una información activa y un criterio maduro sobre

la actualidad cultural. Más aún: por una casualidad afortunada la madre se enteró de que los telefonemas inagotables no eran con el novio de jazz sino con una catequista oficial de las Carmelitas Descalzas, y lo celebró como el mal menor.

Así estaban las cosas una noche en que Ana Magdalena soltó en la cena el temor de que la hija regresara encinta de sus fines de semana, y Micaela quiso tranquilizarla con la buena noticia de que un médico amigo le había implantado desde los quince años un dispositivo infranqueable. La madre, que nunca se había atrevido a superar la audacia de los preservativos ilustrados, le gritó fuera de sí, y directo al corazón:

—¡Puta!

El silencio que quedó después del grito permaneció vitrificado por varios días en el aire de la casa. Ana Magdalena lloró sin consuelo encerrada en el cuarto, más por vergüenza de sus ímpetus que por rencor contra la hija. El marido se comportó como si no existiera mientras la esposa lloraba, pues entonces sabía que los motivos de sus lágrimas sólo estaban dentro de ella, aunque ignoraba cuáles.

La inquietud de él la asustó, y la remató lo que parecía ser una nueva actitud de los hombres respecto a ella. Siempre había recibido asedios, pero era tan indiferente a ellos que los olvidaba sin lástima. En cambio, aquel año, al regreso de la isla, tuvo la impresión de que tenía en la frente un estigma que los hombres veían y que no podía pasar inadvertido para alguien que la amaba tanto y a quien ella amaba más que a nadie. Ambos habían sido fumadores fuertes de dos cajetillas diarias durante muchos años y lo habían abandonado juntos por un pacto de amor. Pero ella había reincidido a su regreso de la isla, y él lo detectó en los cambios de lugar de los ceniceros, en el olor del tabaco usado a pesar de la fumigación sigilosa de los purificadores de aire, y en las colillas olvidadas por descuido.

Todo ese orden cambió desde que ella volvió de la isla. Tardó varios meses sin avanzar en la *Antología de la literatura fantástica* de Borges, Bioy Casares y Ocampo. Dormía mal, iba al baño en la madrugada para fumar y soltaba el agua para bajar las colillas que él sabía que encontraría flotando cuando despertara a las cinco. No sólo

se levantaba para fumar, sino al contrario: fumaba porque no tenía paz para dormir. A veces encendía la luz para leer escasos minutos, la apagaba de nuevo, daba vueltas y revueltas en la cama con un cuidado milimétrico para no despertar al esposo. Hasta que él se atrevió a preguntarle:

—¿Qué es lo que te pasa?

Ella contestó en seco:

—Nada. ¿Por qué?

—Perdóname —le dijo él—, pero es imposible no darme cuenta de lo distinta que te has vuelto. —Y remató con su tacto exquisito—: ¿Tengo culpa de algo?

—No sé, porque ni yo misma me había dado cuenta —dijo ella, con el temple que tanto asombraba al esposo—. Pero quizás tengas razón. ¿No será por la conduerma de Micaela?

—Es desde antes de eso —dijo él y se atrevió a dar el paso final—: Llegaste así de la isla.

Con los primeros bochornos de julio empezó dentro de su pecho un aleteo de mariposas que no iba a darle tregua hasta que volviera a la isla. Fue un mes largo, y alargado aún más por la incertidumbre. Siempre había sido un viaje tan simple como un domingo de playa, pero aquel año estuvo presidido por el pánico de encontrarse con el amante fugaz de los veinte dólares que ya había repudiado en su corazón. En vez de la ropa vaquera y el maletín de playa de los años pasados se puso un conjunto de lino crudo de dos piezas y sandalias doradas, y se hizo una maleta con un traje formal, zapatilla de tacón alto y un aderezo de esmeraldas de fantasía. Se sintió otra: nueva y capaz.

3

Al desembarcar en la isla vio su taxi más desmerecido que nunca y se decidió por otro, nuevo y refrigerado. Como no conocía hoteles distintos del suyo, le ordenó al conductor que la llevara al nuevo Carlton, un precipicio de vidrios dorados que había visto crecer entre breñales de hierro en los tres viajes anteriores. No fue posible encontrar una habitación a su alcance en la plenitud de agosto, pero le hicieron un buen descuento para las suites heladas del piso dieciocho que dominaban el horizonte circular del Caribe y la laguna inmensa hasta el perfil de la sierra. El precio era la cuarta parte de su sueldo mensual de maestra, pero el esplendor, el silencio y el clima primaveral del vestíbulo, y la solicitud de la servidumbre, le infundieron el sentimiento de seguridad que se debía a sí misma.

Desde las tres y media de la tarde en que llegó hasta las ocho de la noche en que bajó a cenar no tuvo un instante de sosiego. Los gladiolos de la floristería del hotel le parecieron espléndidos, pero diez veces más caros, de modo que se conformó con los de su florista de las dos veces anteriores. Ella fue quien primero le previno contra el nuevo cementerio de los turistas, que se anunciaba como un jardín de flores naturales con músicas y pájaros a la orilla de la laguna, pero en el cual enterraban los cuerpos en posición vertical para ganar espacio.

Llegó al cementerio de la isla pasadas las cinco de la tarde, con menos sol que otros años. Algunas de las tumbas habían sido vaciadas, y a los lados del camino quedaban escombros de ataúdes y huesos perdidos entre montones de cal viva. En las prisas de última hora había olvidado los guantes de jardín, y tuvo que desbrozar la tumba a

manos limpias mientras le hacía a su madre el recuento del año. La única noticia buena fue la del hijo, que en diciembre se estrenaría como solista en la Orquesta Filarmónica con las *Variaciones* sobre un tema rococó de Chaikovski. Hizo milagros para salvar la reputación de la hija sin hablar de su vocación religiosa, que no habría sido una buena recomendación para su madre. Por último, se apretó el corazón en el puño y le hizo la confidencia de su noche de amor libre el año anterior, que había reservado sólo para ella, y solo para aquel momento. Le contó que lo sabía sin nombre ni alma. Estaba tan convencida de que ella le mandaría su señal aprobatoria, que la esperó al instante. Miró la ceiba florecida, cuyos repetidos gajos se iban con el viento; vio el cielo, el mar, el avión de Miami con más de una hora de retraso en el cielo incesante.

Cuando regresó al hotel sintió vergüenza por el estado de su ropa y el cabello sucio de polvo. No había ido a la peluquería desde el año anterior, pues su cabello era manso y bueno, y se había adaptado a su carácter. Un estilista pedante y untuoso, que merecía el nombre de Narciso mejor que el de Gastón, la recibió con toda clase de sugerencias tentadoras sobre las posibilidades de su cabello, y terminó por hacerle el peinado de gran dama que ella misma se hacía sin tanta retórica para sus noches mundanas. Una manicurista maternal le reparó con bálsamos de tocador las manos maltratadas por los rastrojos del cementerio, y se sintió tan bien que prometió volver el año próximo en la misma fecha para intentar un cambio de estilo. Gastón le explicó que la cuenta se cargaba a la factura del hotel, salvo el diez por ciento de la propina. ¿Cuánto sería?

—Veinte dólares —dijo Gastón.

Ella se crispó por una casualidad inconcebible que sólo podía ser la señal que esperaba de su madre para cauterizar las lacras de su aventura. Sacó el billete que había ardido durante un año en el fondo de su cartera como la llama eterna del amante desconocido y se lo dio encantada al peluquero.

—Úselos bien —le dijo feliz—: Son de carne y hueso.

Otros misterios de aquel hotel extravagante no fueron tan fáciles para Ana Magdalena Bach. Cuando encendió un cigarrillo se disparó

un sistema de timbres y luces, y una voz autoritaria le dijo en tres idiomas que estaba en una habitación para no fumadores. Tuvo que pedir ayuda para descubrir que con la misma tarjeta de abrir la puerta se encendían las luces, la televisión, el aire acondicionado y la música de ambiente. Le enseñaron a digitar en el teclado electrónico de la bañera redonda para regular la erótica y la clínica del jacuzzi. Loca de curiosidad se quitó la ropa ensopada de sudor por el sol del cementerio, se puso el gorro de baño para protegerse el peinado y se entregó al remolino de espuma. Feliz, marcó el teléfono de su casa, y le gritó al marido la verdad:

—No te imaginas la falta que me haces.

Fueron tan vívidos los fieros que le hizo que él sintió en el teléfono la excitación de la bañera.

—Carajo —dijo—, éste me lo debes.

Cuando bajó a cenar eran las ocho. Pensó pedir algo de comer por teléfono para no tener que vestirse, pero el recargo por el servicio de habitación la decidió a comer como pobre en la cafetería. El vestido de seda negra, tubular y demasiado largo para la moda, le iba bien con el peinado. Se sintió medio desvalida con el escote, pero el collar, los aretes y las sortijas de esmeraldas falsas le subieron la moral y aumentaron el fulgor de sus ojos.

Terminó pronto el café con leche y el sánduiche de jamón y queso en la cafetería. Agobiada por los gritos de los turistas y la música estridente, decidió llegar al cuarto para leer *El día de los trífidos* de John Wyndham, que tenía en turno desde hacía más de tres meses. El remanso del vestíbulo la reanimó y al pasar frente al cabaret le llamó la atención una pareja profesional que bailaba el *Vals del Emperador* con una técnica perfecta. Permaneció absorta en la puerta, aun después de que terminó la pareja de exhibición y la pista fue invadida por la clientela común. Una voz dulce y varonil, muy cerca de sus espaldas, la sacó del ensueño:

—¿Bailamos?

Estaba tan cerca que ella percibió el tenue olor de su miedo detrás de la loción de afeitar. Entonces lo miró por encima del hombro, y se quedó sin aliento.

—Perdone —le dijo aturdida—, pero no estoy vestida para bailar.

La réplica de él fue inmediata:

—Es usted la que viste el vestido, señora.

La frase la impresionó. En un gesto inconsciente se palpó el cuerpo con las palmas de las manos, el escote limpio, los senos vivos, los brazos desnudos, para comprobar que su cuerpo estaba en realidad donde lo sentía. Entonces lo miró de nuevo por encima del hombro, ya no para conocer al dueño de la voz, sino para apropiárselo con los ojos más bellos que él vería jamás.

—Es usted muy gentil —le dijo con encanto—. Ya no hay hombres que digan esas cosas.

Entonces él se puso a su lado y le reiteró en silencio la invitación a bailar con una mano lánguida. Ana Magdalena Bach, sola y libre en su isla, se agarró de esa mano como al borde de un precipicio, con todas las fuerzas de su cuerpo. Bailaron tres valses al modo antiguo. Ella supuso desde los primeros pasos, por el cinismo de su maestría, que él era otro profesional contratado para animar las noches de los turistas, y se dejó llevar en círculos de vuelo, pero lo mantuvo firme a la distancia de su brazo. Él le dijo mirándola a los ojos: «Baila como una artista». Ella sabía que era cierto, pero entonces sabía también que él se lo habría dicho de todos modos a cualquier mujer que quisiera llevarse a la cama. En el segundo valse, él trató de apretarla contra su cuerpo, y ella lo mantuvo en su lugar. Él lo interpretó bien y se esmeró en su arte, llevándola por la cintura con la punta de los dedos, como una flor. Ella le respondió de igual a igual. A la mitad del tercer valse lo conocía como si fuera desde siempre.

Nunca se hubiera imaginado un hombre tan bello en un empaque tan anticuado. Tenía la piel lívida, los ojos ardientes bajo las cejas frondosas, el cabello de azabache absoluto aplanchado con gomina y con la línea perfecta en el medio. El esmoquin tropical de seda cruda ceñido a sus caderas estrechas completaba su estampa de lechuguino. Todo en él era tan postizo como sus maneras, pero los ojos de fiebre parecían ávidos de compasión.

Al final de la tanda de valses él la condujo a una mesa apartada sin anuncio ni permiso. No era necesario: ella lo sabía todo de antemano,

y se alegró de que él ordenara champaña. El salón en penumbra era bueno para estar rico, y cada mesa tenía su propio ámbito de intimidad. Descansaron en la tanda de salsa, mirando a las parejas desatadas, porque sabía que él sólo tenía una sola cosa que decirle. Fue rápido. Se tomaron media botella de champaña. Las salsas terminaron a las once, y la fanfarria anunció la presentación especial de Elena Burke, la reina del bolero, exclusiva y sólo por una noche en su gira triunfal por el Caribe. Apareció así, deslumbrada por las luces, y en un estruendo.

Ana Magdalena calculó que él no pasaba de los treinta años, porque apenas si daba pie con el bolero. Ella lo encaminó con tacto sereno, y él cogió el paso. Lo mantuvo a la distancia, no por decoro esta vez, sino para no darle el gusto de que sintiera en sus venas la sangre enfebrecida por la champaña. Pero él la forzó primero con suavidad, y después con toda la fuerza de su brazo en la cintura. Ella sintió entonces en su muslo lo que él había querido que sintiera para marcar su territorio. Sintió el desgonce de sus rodillas y se maldijo por el batir de su sangre en las venas y el fogaje imposible de su respiración. Sin embargo, logró sobreponerse y se opuso a la segunda botella de champaña. Él debió notarlo, pues la invitó a un paseo por la playa. Ella disimuló su disgusto con una frivolidad compasiva:

—¿Sabe qué edad tengo?

—No puedo imaginarme que usted tenga una edad —dijo él—. Sólo la que usted quiera.

No había acabado de decirlo cuando ella, hastiada de tanta mentira, le planteó a su cuerpo el dilema terminante: ahora o nunca.

—Lo siento —dijo poniéndose de pie—, tengo que irme.

Él saltó confundido.

—¿Qué ha pasado?

—Tengo que irme —dijo ella—. La champaña no es mi fuerte.

Él propuso otros programas inocentes, sin saber quizás que cuando una mujer se va no hay poder humano ni divino que la detenga. Por fin se rindió.

—¿Me permite acompañarla?

—No se moleste —dijo ella—. Y gracias, de veras, fue una noche

inolvidable.

En el ascensor estaba ya arrepentida. Sentía un odio feroz contra sí misma. Pero la compensaba el placer de haber hecho lo que correspondía. Entró en el cuarto, se quitó los zapatos, se tiró bocarriba en la cama y encendió un cigarrillo. Las alarmas de incendio se dispararon. Casi al mismo tiempo llamaron a la puerta, y maldijo el hotel donde la ley perseguía a los huéspedes hasta la intimidad del retrete. Pero el que tocó no era la ley, era él. Parecía una figura del museo de cera en la penumbra del corredor. Ella lo comprobó con la mano en el pomo de la puerta, sin una pizca de indulgencia, y al fin le franqueó el paso. Él entro como en su casa.

—Ofrézcame algo —dijo.

—Sírvase usted mismo —dijo ella sin la menor tensión—. No tengo la más mínima idea de cómo funciona esta nave espacial.

Él, en cambio, lo sabía todo. Moderó las luces, puso la música de ambiente y sirvió dos copas de champaña del minibar con la maestría de un director de escena. Ella se prestó al juego, no como ella misma, sino como protagonista de su propio papel. Estaban en el brindis cuando sonó el teléfono. Contestó ella. Un oficial de la seguridad del hotel le advirtió muy amable que nadie podía permanecer en una suite después de la medianoche sin registrarse en la recepción.

—No necesita explicármelo, por favor —lo interrumpió ella, abochornada—. Perdone usted.

Colgó con la cara congestionada por el rubor. Él, como si hubiera oído la advertencia, la justificó con una razón fácil: «Son mormones». Y sin más vueltas la invitó a contemplar el eclipse total de luna desde la playa dentro de una hora y quince minutos. Era una noticia nueva para ella. Tenía una pasión infantil por los eclipses, pero toda la noche se había debatido entre el decoro y la tentación, y no encontró un argumento válido para decidirse.

—No tenemos escapatoria —dijo él—. Es nuestro destino.

La invocación sobrenatural la dispensó de escrúpulos. Así que se fueron a ver el eclipse en la suntuosa camioneta de él a una pequeña bahía escondida en un bosque de cocoteros sin huellas de turistas. En

el horizonte se veía el resplandor remoto de la ciudad, y el cielo estaba diáfano y lleno de estrellas, y con una luna solitaria y triste. Él estacionó al abrigo de las palmeras, se quitó los zapatos, se aflojó el cinturón y abatió el asiento para relajarse. Sólo entonces descubrió ella que la camioneta no tenía más que los dos asientos delanteros, que se convertían en camas con apretar un botón. El resto era un bar mínimo, un equipo de música con el saxo de Fausto Papetti, y un baño minúsculo con un bidé portátil detrás de una cortina carmesí. Ella entendió todo.

—No habrá eclipse —dijo.

Él le dio su seguridad de que estaba anunciado.

—No habrá —dijo ella—. Los eclipses sólo pueden ser en luna llena, y estamos en cuarto creciente.

Él se mantuvo imperturbable.

—Entonces será de sol —dijo—. Tenemos más tiempo.

No hubo más trámites. Ambos sabían ya a lo que iban, y ella sabía que era lo único distinto que podía esperar de él desde que bailaron el primer bolero. La asombró la maestría de mago de salón con que la desnudó pieza por pieza, con la punta de los dedos y sin tocarla apenas, como deshollejando una cebolla. En la primera embestida se sintió morir por el dolor y una conmoción atroz de ternera descuartizada. Quedó sin aire y empapada en un sudor helado, pero apeló a sus instintos primarios para no sentirse menos ni dejarse sentir menos que él, y se entregaron juntos al placer inconcebible de la fuerza bruta subyugada por la ternura. Nunca se preocupó por saber quién era él, ni lo pretendió, hasta unos tres años después de aquella noche brutal, cuando reconoció en la televisión su retrato hablado de vampiro triste solicitado por las policías del Caribe como estafador y proxeneta de viudas sin sosiego, y probable asesino de dos de ellas.

4

Ana Magdalena Bach encontró su hombre del año siguiente en el transbordador que la llevaba a la isla. Había amenazas de lluvia, el mar parecía de octubre y no se estaba bien a la intemperie. Un conjunto de música caribe empezó a tocar desde que el barco zarpó, y un grupo de turistas alemanes bailó sin reposo hasta la isla. Ella buscó un remanso en el comedor desierto a las once de la mañana para concentrarse en la lectura de *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. Lo había logrado a medias cuando la interrumpió un grito:

—¡Éste fue mi día feliz!

El doctor Aquiles Coronado, un abogado de gran prestigio, amigo suyo desde la escuela y padrino de bautismo de su hija, se acercaba por el pasillo con los brazos abiertos y su andar trabajoso de gran primate. La levantó en vilo por la cintura y la sofocó a besos. Su simpatía un tanto teatral despertaba más recelos de los que merecía, pero ella sabía que su alborozo era sincero. Le correspondió con la misma alegría, y lo sentó a su lado.

—Qué barbaridad —dijo él—, ya no nos vemos sino en bodas y entierros.

En realidad, no se habían visto desde hacía tres años, y se le notaban tanto que a ella la horrorizó la idea de que él la viera con el mismo estupor con que ella lo veía. Le quedaban los ímpetus de gladiador, pero tenía la piel rocallosa, una papada renacentista y unas hebras de cabellos amarillentos erizados por la brisa del mar. Desde que se conocieron en la escuela secundaria ya era un especialista en amores fáciles cuyas audacias no pasaban de un cine furtivo a las seis

de la tarde. Sin embargo, había hecho un matrimonio de fortuna que le dio más nombre y dinero que toda una vida de código civil.

Su único fracaso fue con Ana Magdalena Bach, que le cerró el paso desde el primer intento a los quince años. Ya casados ambos, y con hijos, él reinició la ofensiva cruda y un tanto procaz para llevársela a la cama sin coartadas sentimentales. Ella lo sometió al método mortal de no tomarlo en serio, pero él endureció el suyo hasta que le llenó la casa de flores y le mandó dos cartas ardientes que lograron conmoverla. Sin embargo, se mantuvo firme para no estropear la bella amistad de toda una vida.

Cuando volvieron a encontrarse en el barco él estuvo intachable, y nadie lo era como él cuando se lo proponía. Lo despidió en el muelle, pues apenas tenía tiempo de hacer lo que debía para regresar en el transbordador de las cuatro. Ella respiró. Había soñado hora por hora con aquel nuevo 16 de agosto, y la lección no admitía dudas: era absurdo esperar un año entero para someter el resto de la vida al azar de una noche. Estableció que su primera aventura se la puso al alcance de la mano una casualidad afortunada, pero la escogió ella, mientras en la segunda había sido escogida. La primera se había malogrado por el mal sabor de los veinte dólares, pero el hombre valía la noche. La segunda, en cambio, había sido la deflagración de un placer sobrenatural que le dejó en el vientre una trilla de fuego con tres días de compresas y baños de asiento.

En cuanto a los hoteles, el de siempre había sido el mejor, más manejable y parecido a ella, pero con el riesgo de ser ya conocida. El del segundo año era de una modernidad represiva que terminaba por ser un moralismo medieval. Después de todo, el error de vestirse para la noche en un hotel tan pretencioso solo podía influir en el riesgo de que el amante casual no le dejara un billete de veinte sino de cien. De modo que esa tercera vez decidió ser ella misma, vestirse como ella y reservarse la libertad de escoger para ella y no para el azar. Se acordó del primer hombre con una cierta indulgencia por su falta de tacto. Sintió que las lacras empezaban a cicatrizar, y deseó con sus entrañas encontrárselo y llevárselo a la cama, esta vez sin susto ni prisa, y con la confianza creadora de dos amantes antiguos.

Con la ayuda de un taxista distinto escogió un hotel de cabañas rústicas en un bosque de almendros, con un gran patio de baile y mesas de comer alrededor, y un anuncio a todo trapo de la presentación especial de Celia Cruz, la gran cantante cubana. La cabaña que le asignaron le pareció íntima y fresca, la cama confortable y ancha aun para tres, y su lugar entre los árboles no podía ser mejor. El aleteo de mariposas dentro del pecho se le volvió insoportable con la sola idea de tener al hombre de su vida hasta el amanecer.

Seguía lloviznando en el cementerio. A ella le llamó la atención que habían limpiado la maleza de las tumbas, aplanado los senderos y retirado los restos de ataúdes y huesos sin dueños. Le dio a su madre una cuenta minuciosa del buen año del marido en el Conservatorio a pesar de las penurias financieras del municipio, de los progresos del hijo en la orquesta, y del fracaso de sus esfuerzos por impedir que la hija ingresara en el convento.

De regreso al hotel vio un precioso huipil de Oaxaca en una tienda de turistas y le pareció el más apropiado para la noche. Se sentía dueña absoluta de sí misma. Leyó sin sorpresas el tercer cuento de las *Crónicas marcianas*, llamó por teléfono al esposo y se entretuvieron con bromas de amor. Se duchó, se vio en el espejo tan bella y libre como la reina azteca que inspiró el huipil, salvo por los zapatos de charol. Pensó que lo apropiado para su atuendo de la noche serían los pies descalzos, pero no se atrevió. De modo que fue a la pista de baile con aquella frustración pasajera, pero con la certidumbre de anticiparse al azar.

Los almendros parecían de navidad con guirnaldas de luces de colores, y el patio estaba alegre con gente joven de todos los pelajes, rubias con sus negros de ocasión y viejos matrimonios resignados. Se sentó en una mesa apartada con las antenas alertas cuando alguien detrás de ella le cubrió los ojos con las manos. Ella las tocó de buen ánimo y reconoció al tacto un reloj macizo en la muñeca izquierda y un anillo de casado en el anular, pero no arriesgó ningún nombre.

—Me rindo —dijo.

Era Aquiles Coronado. Había tenido que aplazar el regreso hasta el

día siguiente y no le parecía justo que cada uno cenara por su lado si ambos estaban solos en la isla. No sabía en qué hotel estaba, pero el marido de ella se lo dijo por teléfono encantado de que cenaran juntos.

—No he tenido un minuto de paz desde que nos despedimos, pero aquí estoy —concluyó feliz—. La noche es nuestra.

Ella sintió que el mundo se hundía bajo sus pies, pero mantuvo la serenidad.

—En el barco estuviste impecable —le dijo con una gracia calculada—. Se ve que la edad te ha traído el buen juicio.

—Así es —dijo él—, pero no creas que me alegro.

Ella no quiso champaña. Dijo que le dolía la cabeza por el almuerzo del transbordador y le subían por la garganta unas náuseas heladas. Él ordenó un whisky doble en las rocas. Ella se conformó con una aspirina que se tomó como un veneno.

El programa empezó con un trío especializado en canciones de Los Panchos. Nadie les puso atención y Aquiles Coronado menos que nadie. Se desahogó de una pasión que había crecido dentro de él desde la adolescencia ya que sólo era feliz porque pensaba en Ana Magdalena Bach cuando hacía el amor con su esposa en la oscuridad. Ella empezó a ganar tiempo para que él bebiera. Sabía que no era una buena copa, que un whisky detrás del otro lo arrastrarían sin remedio al precipicio y dejó que se desbarrancara solo. Él sabía que ella no le haría nunca la caridad de complacerlo, pero le suplicaba un minuto en la cama, sólo un minuto, para besarla vestida. Sin saber en realidad qué decir, ella dijo:

—Entre compadres es pecado mortal.

—Hablo en serio —dijo él, herido por la burla, y golpeó la mesa—: ¡Carajo!

Ella se atrevió a mirarlo a los ojos y comprobó lo que ya había sentido en su voz: lloraba a mares. Entonces se levantó de la mesa sin una palabra, volvió al cuarto y se tiró a llorar de rabia en la cama.

Cuando recuperó el humor eran más de las doce. Le dolía la cabeza, pero más le dolía haber perdido su noche. Se arregló un poco y bajó dispuesta a recuperarla. Se tomó una ginebra con soda en un

taburete del bar frente al jardín abandonado por los turistas madrugadores. Llegó un hermafrodita de músculos artificiales con cadenas y pulseras de oro, el pelo dorado y la piel enrojecida con ungüentos para el sol. Se tomó en la barra una bebida fosforescente. Ella se preguntó si sería capaz de insinuarse con el cantinero, que era joven y bien formado, y se respondió que no. Llegó a preguntarse si sería capaz de salir a la calle a parar automóviles hasta encontrar alguien que le hiciera el favor de su agosto, y la respuesta fue la misma: no. Perder la noche era perder un año, pero eran las tres de la madrugada y no había remedio: lo perdió.

Las relaciones con su marido habían tenido variaciones notables en aquellos tres años, y ella las interpretaba según el estado de ánimo con que regresara de la isla. El hombre de los veinte dólares, cuyo recuerdo la amargaba, le había abierto los ojos a la realidad de su matrimonio, sostenido hasta entonces por una felicidad convencional que esquivaba las discrepancias para no tropezar con ellas, como se esconde la basura debajo de la alfombra. Nunca habían sido más felices que entonces. Se entendían sin hablar, se morían de la risa de sus propias travesuras y hacían unos amores atolondrados que parecían de adolescentes.

El destino de la hija se resolvió fácil y sin prisa. La despidieron con una velada íntima, a la que fue invitado el músico de jazz con su novia nueva. Doménico y él improvisaron una revisión muy personal de los contrastes para piano y saxofón de Béla Bartók y todos se hicieron viejos amigos a primera vista.

Se la entregaron a las Carmelitas Descalzas en la misa ordinaria del convento. Ana Magdalena y el esposo se vistieron como para un funeral, pero Micaela llegó con una hora de retraso y sin haber dormido, con el huipil de la madre, sus eternos zapatos de tenis, un maletín con sus artículos de tocador y un álbum de Van Morrison que le habían regalado a última hora. Un cura casi adolescente, de piel biliosa y con un brazo escayolado, le dedicó una plática festiva con una última oportunidad para arrepentirse si no estaba segura de su

vocación. Ana Magdalena hubiera querido tributarle a la hija una lágrima de adiós, pero no la consiguió en un ámbito tan convencional.

La vida había cambiado después del tercer viaje. Al volver a casa, Ana Magdalena había tenido la impresión de que el marido empezaba a hacerse preguntas sobre sus noches en la isla. Por primera vez quiso saber a quién había visto. Podía haberle contado el incidente completo con el doctor Aquiles Coronado, pues el esposo estaba al corriente de aquellos asedios seniles, pero se detuvo a tiempo por no darle otro punto de apoyo para seguir pensando en las noches de la isla.

El amor se había hecho distinto. De provocador y travieso en la cama, Doménico se volvió inapetente y perturbado. La esposa no lo atribuyó a la edad sino a alguna sospecha que el marido pudiera tener de sus noches en la isla. Pero una reflexión más juiciosa volteó la situación al revés, y entonces fue ella la que empezó a pensar que el marido sufría un desgaste secreto fuera de casa.

Ana Magdalena se había adaptado a él, se hizo como él, y él la conoció tan a fondo que terminaron por ser uno solo. Desde antes de casarse la habían prevenido contra el modo de ser del novio. Sobre todo, contra su poder de seducción y su coquetería devastadora, en especial con sus alumnas de música, pero ella no prestó oídos a rumores ni se dejó ganar por la duda. Sin embargo, cuando arreglaron el compromiso no pudo resistir la tentación de preguntárselo, y él negó todo. Le dijo en broma que era virgen, pero tan bien dicho que ella se casó con la ilusión de que fuera cierto. Nada la perturbó hasta poco antes del nacimiento de la hija, cuando una amiga de colegio que no veía desde hacía años le preguntó en un baño público cómo había logrado que el marido rompiera con su novia de adolescencia. Ella la cortó en seco, y no sólo la borró de su vida, sino que aumentó la distancia que mantuvo siempre aun con sus mejores amigas.

Sus razones de entonces para confiar en el marido le parecían terminantes. A pesar de que faltaban menos de dos meses para el parto, no habían disminuido las frecuencias ni los ardores del amor. De modo que era un imposible biológico que a él le quedara combustible para otra cama después de calmarle a ella su fiebre alborotada por la gestación. Sin embargo, como el rumor persistía, le

puso la papa caliente en las manos con una fórmula mortal:

—Cualquier cosa que yo sepa de ti es culpa tuya.

No hubo más incidentes hasta después del tercer viaje, cuando aplacó los ardores de su propia conciencia con la sospecha de que él la engañaba. Los indicios eran fuertes. Doménico se demoraba en la calle hasta mucho después del horario oficial del Conservatorio, de regreso a casa iba derecho a perfumarse en el baño antes de saludar a nadie para tapar con sus lociones conocidas cualquier olor ajeno, y daba explicaciones demasiado precisas de dónde estaba, qué había hecho y con quién, sin que nadie se lo preguntara. Una noche, después de una gala social en que el esposo había tenido un éxito insólito, ella decidió salirle al paso. Él estaba leyendo en la cama la partitura de *Così fan tutte*. Ella acabó de leer *El ministerio del miedo*, que había empezado en la isla; apagó la luz de su lado y se volvió contra la pared sin despedirse. Él, divertido, le dijo:

—Buenas noches, señora.

Ella cayó en la cuenta de que había fallado en el ritual y se apresuró a corregirlo.

—Ay, perdón, mi amor —dijo—, y le dio el beso rutinario de las buenas noches. Él solfeaba en susurros para no despertarla.

De pronto, siempre de espaldas, ella dijo:

—Por una vez en tu vida, Doménico, dime la verdad.

Él sabía que su nombre de pila en boca de ella era señal de tormenta, y la apresuró con su serenidad habitual:

—¿Qué es?

Ella no fue menos:

—¿Cuántas veces me has sido infiel?

—Infiel, nunca —dijo él—. Pero si lo que quieres es saber si me he acostado con alguien, hace años me advertiste que no lo quieres saber.

Más aún: cuando se casaron le había dicho que no le importaría si se acostaba con otra, a condición de que no fuera siempre la misma, o si era sólo por una vez. Pero a la hora de la verdad lo borró con el codo.

—Ésas son cosas que uno dice por ahí —dijo—, pero no para que las tomen tan al pie de la letra.

—Si te digo que no, estoy seguro de que no lo crees —dijo él—, y si te digo que sí no lo soportarás. ¿Cómo hacemos?

Ella sabía que un hombre no daría semejante vuelta para decir que no, y le salió adelante:

—¿Quién fue la afortunada?

Él dijo con una fluidez natural:

—Una de Nueva York.

Ella empezó a levantar la voz:

—Pero quién era.

—Una china —dijo él.

Ella sintió que el corazón se le cerró como un puño y se arrepintió de haberse provocado aquel dolor inútil, pero aun así se empecinó en saberlo todo. Para él, en cambio, lo peor había quedado atrás y se lo contó todo con un desgano calculado.

Había sido unos doce años antes, en el hotel de Nueva York donde vivió con su orquesta un fin de semana durante el Festival Wagner. La china era el primer violín de la orquesta de Pekín, alojada en el mismo piso. Cuando terminó de contarlo, Ana Magdalena estaba en carne viva. Deseaba matarlos a ambos, no de un tiro indulgente, sino cortarlos poco a poco en rebanadas transparentes con una guillotina de jamón. Pero respiró por la herida con otra pregunta que le intrigaba:

—¿Le pagaste?

Él contestó que no porque no era una prostituta. Ella se mantuvo firme.

—Si lo hubiera sido, ¿cuánto le habrías pagado?

Él lo pensó en serio y no supo qué responder.

—No te hagas el tonto —dijo ella, ronca de rabia—. ¿Quieres hacerme creer que un hombre no sabe cuánto cuesta una puta de hotel?

Él fue sincero.

—Pues fíjate que no lo sé —dijo—, y menos si es china.

Entonces ella fue cercándolo con una angustia insoportable.

—Bueno: si hubiera sido amable y buena contigo, y hubieras querido dejarle un buen recuerdo, ¿cuánto le habrías puesto dentro de

un libro?

—¿Libro? —dijo él sorprendido—. Las putas no leen.

—Concédeme algo, carajo —dijo ella, esforzándose por no perder los estribos—. ¿Cuánto le habrías dejado si hubieras creído que era una puta y no querías despertarla antes de irte?

—No tengo la menor idea.

—¿Veinte dólares?

Él se sintió perdido en las tinieblas de la pregunta.

—No sé —dijo—. A lo mejor, para el costo de la vida hace doce años, quizás fuera bastante.

Ella cerró los ojos para ordenar la respiración por no darle el gusto de que le notara la rabia, y le preguntó de sorpresa:

—¿Lo tenía horizontal?

Él no pudo resistir la risa, y ella lo secundó. Pero frenó en seco y tuvo que cerrar los ojos hasta reprimir las lágrimas.

—Me río —dijo con la mano en el pecho—, pero no te deseo jamás lo que estoy sintiendo aquí adentro. Es la muerte.

Él trató de conjurar el mal momento con un solfeo inventado. Ella hizo un esfuerzo para dormir, pero no pudo. Al fin se desahogó con voz fuerte para que él la oyera, aunque estuviera dormido.

—Qué carajo —dijo—. Todos los hombres son iguales: una mierda.

Él tuvo que tragarse la rabia. Habría dado todo por aniquilarla con una réplica mortal, pero la vida le había enseñado que cuando una mujer dice su última palabra, todas las demás sobran. Así que no volvieron a hablar de eso ni entonces ni nunca jamás.

5

La noche del 16 de agosto siguiente estaba ya prevista por su destino. Encontró la isla desordenada por una convención mundial de turismo, sin un cuarto disponible en los hoteles y las playas ocupadas por tiendas de campaña y dormitorios rodantes. Después de buscar durante dos horas un lugar cualquiera para dormir, acudió a su olvidado Hotel del Senador, renovado, limpio y más caro, pero sin ninguno de los empleados de sus primeros tiempos.

No hubo a quien acudir para encontrar una habitación. Más aún: un cliente de aspecto respetable protestaba indignado porque su reserva dos veces confirmada no aparecía en la lista. Tenía la parsimonia de un rector magnífico, una voz pausada y mansa, y un talento asombroso para los improperios galantes. El único empleado de la recepción trataba de conseguirle por teléfono un cuarto en otro hotel. Ansioso de compartir su rabia, el cliente se dirigió a Ana Magdalena. «Esta isla es un caos», dijo, y le mostró la constancia oficial de su reserva confirmada. Ella no pudo leerla sin los lentes, pero entendió su indignación. Al fin el empleado los interrumpió con la noticia triunfal de que había un cuarto disponible en un hotel de dos estrellas, pero limpio y bien situado. Ana Magdalena se apresuró:

—¿No habrá otro para mí?

El empleado lo consultó por teléfono y no lo había. Entonces el cliente cogió su maleta con la mano izquierda y con la otra tomó del brazo a Ana Magdalena con una familiaridad inusitada que a ella le pareció algo abusiva.

—Venga conmigo —le dijo—, allá veremos.

Se fueron en un automóvil nuevo conducido por él al borde mismo de la laguna. Él dijo que el Hotel del Senador le gustaba.

—A mí también, por la laguna —dijo ella—, y ahora veo que lo remodelaron.

—Hace dos años —dijo él.

Ella se dio cuenta de que era un visitante asiduo de la isla, y le contó que también ella iba desde hacía años, a poner un ramo de gladiolos en la tumba de su madre.

—¿Gladiolos? —preguntó él sorprendido, pues no tenía noticias de que los hubiera en la isla—. Creía que sólo se encuentran en Holanda.

—Esos son tulipanes —precisó ella.

Le explicó que los gladiolos no son muy comunes, pero alguien los había impuesto en la isla y habían logrado una fama justa en el litoral y en otros pueblos del interior. Para ella eran tan importantes, concluyó, que el día en que no los hubiera haría arreglos para que alguien los cultivara.

Empezaba a lloviznar, pero no parecía para largo. Él creía lo contrario, porque el tiempo de agosto le pareció siempre errático. La examinó de arriba abajo, con su ropa sencilla del transbordador, y le pareció que iba a necesitar algo más para el cementerio. Pero ella lo tranquilizó: estaba acostumbrada.

Para llegar al hotel tuvieron que bordear la laguna hasta donde empezaba la aldea de los pobres. Era deplorable y sin duda un lugar de lance que no exigía identificación. Cuando le dieron la llave, el huésped aclaró que eran dos habitaciones.

—Perdón —dijo el portero desconcertado—. ¿No vienen juntos?

—Es mi esposa —dijo el cliente con su gracia natural—, pero tenemos la costumbre higiénica de dormir separados.

Ella siguió la corriente:

—Cuanto más lejos, mejor.

El portero admitió que la cama de la habitación no era muy ancha, pero podía poner otra adicional. El cliente alcanzó a ofuscarse, pero ella lo sacó a flote.

—Si usted lo oyera roncar no me lo propondría —le dijo al portero.

Éste se excusó, examinó las llaves colgadas en el tablero mientras ellos celebraban su propia travesura, y por fin dijo que podía arreglar otra habitación, pero en pisos distintos y sin vista a la laguna: segundo y cuarto. Subieron en el ascensor sin maletero, pues ambos equipajes eran portátiles, y ella se quedó en el segundo piso muy agradecida y contenta de haber conocido a un hombre tan gentil.

El cuarto era pequeño, con ínfulas de camarote, pero con una cama como para tres, que parecía ser un distintivo de la isla. Abrió la ventana para ventilar el aire estancado y sólo entonces sintió cuánta falta le hacían las flores de sus agostos libres y las garzas azules de la laguna. La lluvia seguía, pero ella confiaba en que habría una tregua para llegar al cementerio antes de las seis.

Así fue, aunque perdió más de una hora buscando los gladiolos, que encontró en un puesto frente a la iglesia. El taxi que la llevaba al cementerio no pudo subir hasta la cumbre por el mal estado de la cornisa y lo único que el chofer aceptó fue esperarla en un recodo hasta que regresara. De pronto tomó conciencia de que tendría cincuenta años el veinticinco de noviembre, la edad que más temía, no muchos años menos que la de su madre al morir. Se vio como se había visto pocos años antes, esperando a que escampara, y lloró como había llorado desde que llevó el primer ramo de flores a su tumba. Pero su llanto pareció aplacar los malos humores del cielo. Escampó de pronto y ella puso las flores en la tumba.

Regresó al hotel, embarrada y de mal humor, y dio por hecho que había perdido otro año, pues no le parecía posible conseguir un amor para esa noche ni parando automóviles en una costanera convertida por la lluvia en un lodazal horrendo. Nada había cambiado. La ducha sin regadera era desmirriada, y mientras se jabonaba bajo el chorro escuálido se vio sola y sin un hombre de caridad, y volvió a llorar. Pero no se rindió: saldría de cualquier modo a ver qué le deparaba aquella noche de lobos. Colgó la ropa y puso el libro en la mesa. Era el *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe y se tendió a leerlo mientras llegaba la hora de ir al bar. Pero todo parecía arreglado a propósito para no ser feliz. El chorrillo escuálido de la ducha la había hecho sentirse más miserable aún y la estremeció una racha de odio contra el

marido, tan violenta y fría que se asustó. Se había resignado al destino siniestro de dormir sola en aquella noche de perros cuando sonó el teléfono.

—Hola —dijo la voz alegre que reconoció de inmediato—. Soy su amigo del cuarto piso. Y agregó en otro tono—: Me quedé esperando, aunque fuera una respuesta de caridad. —Y al cabo de una larga pausa preguntó—: ¿No recibió las flores?

Ella no entendió. Iba a preguntar cuando sus ojos tropezaron con un ramo de gladiolos espléndidos que estaban puestos de cualquier modo en una silla junto al tocador. El hombre le explicó que lo había encontrado por casualidad en el hotel donde estaba reunido con sus clientes, y le pareció natural mandárselo para la tumba de su madre. Ella no se dio cuenta de cuándo lo llevaron mientras estaba en el cementerio, pero no tenía nada de raro que estuviera ahí desde antes. De pronto él le preguntó de un modo casual:

—¿Dónde cena?

—No lo había pensado —dijo ella.

—No importa —dijo él—, la espero abajo para pensar.

¿Otra noche frustrada?, pensó ella, ¿con otro Aquiles? No.

—Qué lástima —dijo—, hice un compromiso esta tarde.

—Sí, lástima —dijo él, sentido de veras.

—Otra vez será —dijo ella.

Se arregló ante el espejo. Había pensado en el sitio donde estuvo en la noche miserable con Aquiles Coronado, pero la lluvia arreciaba y se oían los aullidos del viento en la laguna. Pero de pronto se gritó a sí misma: «Dios santo, ¡qué bruta soy!».

Corrió al teléfono y llamó al hombre de la habitación en el cuarto piso con una prisa que más tarde habría de avergonzarla.

—¡Qué suerte! —le dijo sin preámbulos—. Acaban de cancelarme por la lluvia.

—La suerte es mía, señora —dijo él.

Ella no lo dudó un instante. Y no se equivocó: fue una noche inolvidable.

Mucho menos olvidable de lo que Ana Magdalena Bach hubiera

podido imaginar. Se había tomado más tiempo del necesario para arreglarse y el hombre estaba esperándola de etiqueta a la salida del ascensor con una guayabera de seda, pantalones de lino y mocasines blancos. Ella confirmó su primera impresión de que era atractivo y con el mérito mayor de que se comportaba como si no lo supiera. La condujo a un restaurante fuera de los nidos del turismo, bajo grandes almendros iluminados y con una orquesta mejor para soñar que para bailar. Entró con un gran dominio y fue tan bien recibido como un cliente histórico, y él mismo se comportaba como si lo fuera. Sus maneras se habían refinado con el esplendor de la noche. Todo él irradiaba un hálito personal a través del agua de colonia reciente y su conversación era fluida y grata, pero ella se sintió un poco perdida, pues parecía hablar no tanto para decir como para ocultar.

Le sorprendió que no fuera diestro en las bebidas y esperó a que ella escogiera su ginebra de costumbre antes de ordenar para él un whisky de cualquier marca que no probó en toda la noche. No fumaba, pero tenía una cajetilla de cigarros egipcios de papel dorado sólo para brindar. No estaba entrenado en el arte de comer y dejó que el mesero decidiera por ellos. Pero lo más sorprendente fue que con todos sus límites y desaciertos no perdía ni un ápice de su encanto, ni siquiera cuando soltó dos o tres chistes tan simples y mal contados que ella no logró entenderlos y tuvo que celebrarlos por cortesía.

Cuando la orquesta tocó un arreglo bailable de Aaron Copland, él confesó que no le llamaba la atención porque era sordo para la música, pero se atrevió a bailar cuando ella lo invitó. No acertó en un paso, pero ella lo ayudó tan bien que a él pudo quedarle la impresión de que el mérito era suyo. A los postres estaba tan aburrida que se maldijo por su debilidad y más cuando vio pasar a un hombre que ella hubiera escogido a ojos cerrados, mientras que su anfitrión era tan decente que no daba un paso en falso sino para bailar. Se sentía bien y bien tratada, pero en una noche sin porvenir.

Tan pronto como terminaron los postres él la llevó de regreso al hotel manejando en silencio y con las miradas absortas en el mar dormido bajo una luna quimérica. Ella no lo interrumpió. Eran las once y diez y hasta el bar de su hotel debía estar cerrado. Lo que más

le indignaba era no tener que reprocharle nada a su anfitrión, pues su única falla era no haber tratado siquiera de seducirla: ni un cumplido a sus radiantes ojos de leona, ni a su labia fluida, ni a su sabiduría de la música.

Estacionó en el patio del hotel y la acompañó en el ascensor en un silencio absoluto hasta la puerta del cuarto. Ella tuvo un tropiezo con la llave y él se la quitó, abrió la puerta con la yema de los dedos, entró sin invitación ni permiso, como en casa propia, y se derrumbó bocarriba en la cama con un suspiro del alma:

—¡Esta es la noche de mi vida!

Ana Magdalena permaneció petrificada sin saber qué hacer hasta que él le tendió la mano en silencio. Ella le dio la suya y se acostó a su lado, aturdida por el golpe de su corazón. Él le dio entonces un beso inocente que la estremeció hasta el alma, y siguió besándola mientras le quitaba la ropa pieza por pieza con una maestría mágica de los dedos, hasta que sucumbieron en un abismo feliz.

Cuando Ana Magdalena despertó en la penumbra del amanecer había perdido la noción de sí misma. No sabía dónde estaba ni con quién, hasta que vio a su lado al hombre desnudo de cuerpo entero, dormido bocarriba con los brazos en cruz sobre el pecho y respirando como un niño en su cuna. Le acarició con su índice tenue los rizos de la piel curtida por la intemperie. No tenía un cuerpo joven, pero sí bien mantenido, y disfrutó de las caricias sin abrir los ojos y con tanto dominio como el que había tenido en la noche, hasta que lo desordenó el amor.

—Ahora sí en serio —preguntó de pronto—: ¿cómo te llamas?

Ella improvisó al instante.

—Perpetua.

—Es una pobre santa que murió pisoteada por una vaca —dijo él de inmediato.

Ella, sorprendida, le preguntó cómo lo sabía.

—Soy obispo —dijo él.

A ella la estremeció la ráfaga de la muerte. Hizo un repaso instantáneo de la cena, de su conversación preciosista, de sus gustos convencionales, y no encontró nada que le permitiera alguna duda

sobre la verdad de su respuesta. Más aún: era la confirmación rigurosa de lo que ella había pensado de él en el curso de la cena. Él se dio cuenta de su estupor, abrió los ojos y preguntó intrigado:

—¿Qué tienes contra nosotros?

—¿Contra quiénes?

—Los obispos.

Él soltó una carcajada radiante por el efecto de su propia broma, pero se apresuró a comprender que era un desplante de mal gusto y le cubrió el cuerpo con largos besos de contrición. Tal vez como penitencia le contó una versión de su vida actual. Había trabajado en distintas cosas y no tenía un domicilio estable, porque su oficio de base era vender seguros marítimos de una empresa con sede en Curazao, y tenía que visitar la isla varias veces al año. Al principio su poder de convicción era tan fuerte que ella se sintió vencida, pero prevaleció su convencimiento de que ya era demasiado tarde para ser feliz tres veces en una misma noche.

—Me deja el transbordador —dijo.

—No importa —dijo él—. Nos vamos juntos mañana.

Le propuso un gran día y muchos más en el futuro, pues tenía que volver a la isla por lo menos dos veces al año, y una podría ser siempre en agosto. Ella lo escuchaba ansiosa de que pudiera ser cierto, pero tuvo la fuerza de no parecer una mujer tan fácil como él podría pensar. De pronto se dio cuenta de que en verdad estaba a punto de perder el transbordador, y saltó de la cama y se despidió con un beso apresurado. Pero él la agarró por el puño.

—Y entonces —insistió—, ¿hasta cuándo?

—Hasta nunca jamás —dijo ella, y concluyó de buen humor—: Es la ley de Dios.

Corrió al baño en punta de pies y pasó el cerrojo sin escuchar la lista de promesas con que él la persiguió mientras acababa de vestirse. Apenas tuvo tiempo de soltar la ducha cuando él tocó la puerta para rematar la despedida.

—Ahí te dejo un recuerdo en el libro —le dijo.

Ella se sintió fulminada por un presagio siniestro. No se atrevió a dar las gracias ni a preguntar qué le dejaba por terror a la respuesta,

pero tan pronto como lo oyó salir corrió desnuda y jabonada para examinar el libro en la mesa de noche. ¡Qué alivio! Era una tarjeta de visita con todos los datos para ser encontrado. No la rompió, como sin duda lo habría hecho con cualquier otro, sino que la dejó donde estaba hasta que pudiera llevarla en un lugar seguro.

6

Era un miércoles típico del agosto caribe con un mar dormido y una brisa tenue de gaviotas rasantes. Ana Magdalena Bach rodó una silla de reposo hasta el barandal del transbordador y abrió el libro de Daniel Defoe en la página marcada con la tarjeta, pero no logró concentrarse. Tampoco entonces encontró algo que le llamara la atención en los datos reales del hombre de la noche anterior, con nombre y nacionalidad holandeses y una dirección comercial con seis números de teléfono en una empresa de servicios técnicos con sede en Curazao. La leyó varias veces tratando de imaginar en la vida real el fantasma de su noche feliz. Sin embargo, desde su encuentro con el primer hombre había tenido la precaución de no dejar ni un rastro mínimo que pudiera suscitar cualquier sospecha en su casa, así que rompió la tarjeta en pedazos minúsculos y los soltó en la brisa cómplice de las gaviotas.

Fue un regreso revelador. Desde que entró en su casa a las cinco de la tarde descubrió hasta qué punto empezaba a sentirse extraña entre los suyos. La hija había asimilado la vida del convento sin contrariar su modo de ser natural, y poco a poco se hacía menos asidua en la mesa paterna. El hijo apenas si tenía tiempo libre entre sus noviazgos efímeros y sus compromisos artísticos en medio mundo. El marido, a fuerza de ser un fanático de su oficio al mismo tiempo que un coqueto empedernido, había terminado por ser un huésped casual en su cama. Para ella, en cambio, la paradoja más extraña era comprobar cómo iba perdiendo la ilusión de la isla por la falta de un hombre seguro entre los muy casuales que había probado en sus noches escasas. Su mayor

ansiedad, sin embargo, no eran las dudas de la fidelidad del marido, sino el pavor de que tuviera un pálpito de lo que ella hacía en la isla con sus noches contadas. Por lo mismo le hacía muy pocos comentarios de sus viajes anuales para que no se le ocurriera acompañarla, o por no suscitarle alguna duda de hombre, que son las menos fáciles pero las más certeras.

Eran los años simples en que no había tiempo ni ocasión para traiciones ni recelos, y ella llevaba con gran rigor las cuentas de sus ciclos para los amores de rutina. No se movían de la ciudad sin que ella llevara en el bolso los preservativos para las ocasiones imprevistas. Esta vez, sin embargo, sintió una punzada en el corazón cuando él llegó con muestras de amor tan desaforadas que le alborotó de golpe no solo las sospechas posibles de aquel año, sino todas las atrasadas. Lo vigilaba, le examinaba hasta la costura de los bolsillos y por primera vez empezó a husmear la ropa usada que él dejaba en la cama. A partir de mayo, sin embargo, un sueño con el hombre del año anterior la sacudió hasta el alma y la ansiedad se le volvió irrespirable. Maldijo una vez más la hora en que había roto su tarjeta y no se sintió capaz de ser feliz sin él, aunque sólo fuera en la isla. Era tan evidente su desasosiego que el marido le dijo sin preámbulos:

—Algo te pasa.

El terror le agravó el insomnio hasta el amanecer, pues ella misma no parecía consciente de cuánto había empezado a cambiar desde sus primeros viajes. Nunca había pensado en el riesgo de encontrarse por azar con algún cómplice suyo en la isla, hasta la mala noche en que su compadre Aquiles Coronado se pasó de alcoholes en una cena de bodas y soltó algunas indirectas sin gracia que más de cuatro compañeros de mesa habrían podido descifrar sin demasiado esfuerzo. En cambio, un mediodía en que almorzaba con tres amigas en el restaurante de más prestigio en la ciudad creyó reconocer a uno de los dos hombres que conversaban sin pausas y en voz muy baja en una mesa apartada. Tenían una botella de brandy y sus copas a medias y parecían solos en una vida distinta. Pero el que ella veía de frente tenía un traje entero de lino blanco, impecable y bien llevado, el cabello ceniciento y el bigote romántico terminado en puntas. Desde

el primer golpe de vista tuvo la impresión de conocerlo. Pero a pesar de su esfuerzo no pudo recordar quién era ni dónde lo había visto antes. Más de una vez perdió el hilo en la animada charla de amigas, hasta que una de ellas no pudo resistir la curiosidad y le preguntó qué la inquietaba en la mesa vecina.

—El del bigote turco —susurró ella—. No sé por qué se me parece a alguien.

Todas miraron con cautela.

—Pues no está mal —dijo una de ellas sin interés, y reanudaron la cháchara.

Pero Ana Magdalena siguió tan inquieta que no le fue fácil conciliar el sueño aquella noche y despertó a las tres de la madrugada con el corazón erizado. El marido despertó, pero ella había recobrado el aliento y le contó una pesadilla falsa como tantas otras reales y aterradoras que la despertaban de recién casada. Por primera vez se preguntó por qué no se atrevía a hacer en la ciudad lo mismo que en la isla, si allí disponía del año entero con oportunidades diarias de manejo más fácil. Al menos cinco amigas suyas habían tenido amores furtivos hasta donde les alcanzó el cuerpo y habían mantenido al mismo tiempo matrimonios estables. Sin embargo, no se imaginaba en la ciudad ninguna situación tan excitante y propicia como la de la isla, que sólo podía entenderse por una argucia póstuma de la madre.

Durante varias semanas no pudo resistir la tentación de encontrar al hombre que no la dejaba vivir en paz. Regresaba al restaurante en las horas más concurridas, no perdía la ocasión de arrastrar consigo a algunas amigas flotantes para evitar cualquier equívoco por sus errancias solitarias y se acostumbró a enfrentar a cuantos hombres encontraba en su camino con las ansias o el pavor de encontrar al suyo. Sin embargo, no necesitó ayuda alguna para que la identidad del que buscaba estallara en su memoria como una explosión cegadora. Era el mismo de su primera noche en la isla que le había dejado entre las páginas del libro la ignominia del billete de veinte dólares por su noche de amor. Solo entonces cayó en la cuenta de que tal vez no había podido reconocerlo por el bigote de mosquetero que no llevaba en la isla. Se volvió asidua del restaurante donde había vuelto a verlo,

con un billete de veinte dólares para tirárselo a la cara, pero cada vez tenía menos claro cuál debía ser su actitud, pues a medida que profundizaba en su rabia menos le importaba el mal recuerdo del hombre y las desgracias de la isla.

Sin embargo, al llegar agosto se sintió con fuerzas de sobra para seguir siendo ella misma. La travesía en el transbordador le pareció eterna como siempre, la misma isla con la que tanto había soñado le pareció más ruidosa y pobre, y el taxi que la llevaba al mismo hotel del año anterior estuvo a punto de desbarrancarse por un desfiladero. Encontró libre la habitación donde había sido feliz, y el mismo portero recordó de inmediato al huésped que la acompañaba, pero no pudo encontrar ningún rastro suyo en los archivos. Hizo un recorrido ansioso por otros lugares donde estuvieron juntos y encontró toda clase de hombres solos y sin rumbo que habrían bastado para aliviar su noche, pero ninguno le pareció suficiente para suplantar al que anhelaba. De modo que se inscribió en el mismo cuarto de hotel del año anterior y se fue de inmediato al cementerio por temor a que se adelantara la lluvia.

Con una ansiedad apenas soportable repitió cada paso para cumplir pronto y sin dolor la rutina del año hasta el encuentro con su madre. La misma florista de siempre, más vieja cada año, la confundió con otra a primera vista y le armó el ramo de gladiolos espléndidos de siempre, pero con un desgano enorme y casi por el doble del precio.

Frente a la tumba de su madre sufrió una conmoción porque encontró un promontorio inusitado de flores podridas por las lluvias. Incapaz de imaginar quién las había puesto, se lo preguntó al celador sin la menor malicia, y él le contestó con la misma inocencia:

—El señor de siempre.

Su desconcierto fue mayor cuando el celador explicó que no tenía la mínima idea de quién podía ser el visitante ignoto que llegaba en cualquier día del año y dejaba la tumba cubierta por completo de aquellas flores espléndidas y nunca vistas en un cementerio de pobres. Tantas y tan caras que le dolía quitarlas de la tumba mientras les quedara un rastro mínimo de su esplendor natural. Lo describió como

un hombre de unos sesenta años bien vividos, con cabellos nevados y bigote de senador y un bastón que se convertía en paraguas para seguir absorto frente a la tumba mientras llovía. Nunca le preguntó nada, ni le había contado a nadie la riqueza de sus flores y el tamaño de sus propinas, ni se lo había comentado a ella en sus visitas anteriores porque estaba seguro de que el caballero del paraguas mágico era alguien de la familia.

Ella se tragó la inquietud y le dio una buena propina al celador, abrumada por una deflagración que tal vez explicaba de un solo golpe el secreto de los viajes frecuentes de su madre a la isla con la pantalla de un negocio propio que nadie tuvo muy claro y que tal vez no existió.

Cuando salió del cementerio, Ana Magdalena Bach era una mujer distinta. Estaba trémula y el chofer tuvo que ayudarla a subir porque no podía dominar el temblor de su cuerpo. Sólo entonces vislumbró el misterio de las tres y hasta cuatro visitas que su madre hacía a la isla cada año y su determinación de que allí la enterraran cuando se dio cuenta de que estaba muriendo de una mala enfermedad en tierra ajena. Sólo entonces vislumbró la hija la razón de los viajes que había hecho la madre en los seis años anteriores a su muerte con la misma pasión con que ella hacía los suyos. Consideraba que aquella razón de su madre podría ser la misma suya, y se sorprendió de la analogía. No se sintió triste sino animada por la revelación de que el milagro de su vida era haber continuado la de su madre muerta.

Abrumada por las emociones de aquella tarde, Ana Magdalena viajó sin rumbo ni sentido por arrabales de pobres y se encontró sin saber cómo en la carpa de un mago ambulante que podía adivinar con su saxo una melodía popular conocida que alguien del público estuviera recordando en silencio. Ana Magdalena no se habría atrevido nunca a intervenir, pero aquella noche preguntó en broma dónde estaba el hombre de su vida, y el mago le contestó con una imprecisión certera:

—Ni tan cerca como tú quisieras ni tan lejos como tú crees.

Volvió a su hotel todavía sin arreglarse y con el ánimo a rastras. La terraza al aire libre estaba desbordada por una clientela joven que

bailaba a corazón abierto con una orquesta juvenil, y ella no pudo resistir la tentación de compartir el júbilo de una generación feliz. No había una mesa libre, pero el mesero la reconoció de otros años y le llevó una a toda prisa.

Después de la primera tanda de baile otra orquesta más ambiciosa inició el *Claro de luna* de Debussy en un arreglo para bolero, y una mulata espléndida la cantó con amor. Conmovida, Ana Magdalena pidió su ginebra con hielo y soda, el único alcohol que seguía permitiéndose a sus cincuenta años.

Lo único que le pareció contrario al ánimo de la noche fue la pareja de la mesa contigua: él, joven y atractivo, y ella tal vez mayor, pero deslumbrante y altiva. Era evidente que estaban en un pleito sordo, intercambiando reproches feroces que fracasaban en el estruendo de la fiesta. En los vacíos de la música hacían una pausa intensa para no ser oídos en las mesas vecinas, pero reanudaban el pleito con ímpetus mayores en la pieza siguiente. Un episodio tan corriente en aquel mundo de nadie que a Ana Magdalena no le interesó ni siquiera como episodio de circo. Pero el corazón le dio un vuelco cuando la mujer rompió la copa en la mesa con una solemnidad teatral, y atravesó la pista de baile en línea recta hacia la puerta sin mirar a nadie, altiva y hermosa, por entre la muchedumbre de parejas felices que se apartaban a su paso. Ana Magdalena comprendió que el pleito había terminado, pero tuvo la discreción de no mirar al hombre, que permaneció impávido en su sitio.

Cuando la orquesta oficial terminó su tanda juvenil, otra más ambiciosa inició la nostálgica «Siboney», y Ana Magdalena se dejó arrastrar por la magia de la música mezclada con la ginebra. De pronto, en una pausa de la orquesta tropezó por azar con la mirada del hombre abandonado de la mesa vecina. No lo eludió. Él le correspondió con una leve inclinación de cabeza, y ella sintió que estaba viviendo un nuevo episodio remoto de su adolescencia. Se ofuscó con un estremecimiento raro —como si fuera la primera vez—, y el rescoldo de la ginebra le infundió los ánimos que no le eran propios para llevarlo hasta el final. Él se anticipó.

—Ese hombre es un canalla —le dijo.

Ella se sorprendió:

—¡Cuál hombre!

—El que la dejó esperando —dijo él.

Se le torció el corazón de pensar que él le hablaba como si estuviera viéndola por dentro, y lo tuteó de frente con un énfasis de burla.

—Por lo que acabo de ver es a ti a quien le dieron el portazo.

Él se dio cuenta de que se refería al incidente con la que acababa de dejarlo solo.

—Siempre terminamos así, pero el berrinche no le dura mucho —dijo. Y siguió hasta el remate final—: Usted, en cambio, no tiene por qué estar sola.

Ella lo envolvió con una mirada amarga.

—A mi edad —le dijo— todas las mujeres estamos solas.

—Según eso —dijo él con un ánimo nuevo—, esta es mi noche de suerte.

Se levantó con la copa y se sentó en la mesa de ella sin preámbulos, y ella se sentía tan triste y sola que no se lo impidió. Él ordenó para ella una copa de su ginebra preferida, y por un momento se olvidó de sus penas y volvió a ser la misma de otras noches de soledad. Maldijo una vez más la hora en que había roto la tarjeta de su último hombre, y no se sentía capaz de ser feliz sin él aquella noche, aunque solo fuera por una hora. Así que bailó por pura desidia, pero el hombre lo hacía muy bien y la hizo sentirse mejor.

Cuando regresaron a la mesa después de una tanda de valses ella se dio cuenta de que no tenía la llave de su cuarto, y la buscó en el bolso y debajo de la mesa. Él la sacó del bolsillo con un remedo de prestidigitador y cantó como en la ruleta el número de la habitación:

—El de la buena suerte: ¡trescientos treinta y tres!

En las mesas vecinas se volvieron a mirarlos. Ella no soportó la vulgaridad de la broma y le tendió la mano con una expresión severa. Él se dio cuenta de su error y le devolvió la llave. Ella la recibió en silencio y abandonó la mesa.

—Permítame al menos que la acompañe —suplicó él,

persiguiéndola ofuscado—. Nadie debe estar solo en una noche como ésta.

Saltó en su silla tal vez para despedirse, pero pudo ser también para acompañarla. Quizás él mismo no lo sabía, pero ella creyó adivinar el propósito.

—No te molestes —le dijo.

Él pareció abrumado.

—No te preocupes —insistió ella—. Mi hijo habría hecho lo mismo a sus siete años.

Se fue decidida, pero no había llegado al ascensor cuando alcanzó a preguntarse si no acababa de despreciar la felicidad en la noche en que más falta le hacía. Se había dormido con las luces encendidas mientras discutía consigo misma si se quedaba a dormir o si regresaba al bar con el ánimo resuelto para enfrentarse con su destino. Una pesadilla recurrente de sus horas negras había empezado a perturbarla cuando la despertaron unos toques furtivos en la puerta. Las luces estaban todavía encendidas, y ella bocabajo en la cama, con la ropa que se había dejado sin darse cuenta. Permaneció así, mordiendo la almohada empapada de lágrimas para no preguntar quién era, hasta que el que tocaba dejó de tocar. Entonces se acomodó en la cama, sin cambiarse de ropa ni apagar la luz, y volvió a dormirse llorando de rabia contra ella misma por la desgracia de ser mujer en un mundo de hombres.

No había dormido más de cuatro horas cuando la despertaron desde la recepción para que no perdiera el transbordador de las ocho. Se levantó con el salto que no había sabido dar a tiempo en sus malas noches de la isla, pero tuvo que esperar dos horas al celador del cementerio para que le informara de los trámites para exhumar los restos de su madre. Sólo cuando estuvo segura de cumplirlo, ya pasado el mediodía, llamó al esposo por teléfono y le mintió que había perdido el transbordador, pero que iría sin falta en la tarde.

El celador y un sepulturero de alquiler desenterraron el ataúd y lo abrieron sin compasión con las artes de un mago de feria. Ana Magdalena se vio entonces a sí misma en el cajón abierto como en un espejo de cuerpo entero, con la sonrisa helada y los brazos en cruz

sobre el pecho. Se vio idéntica y con su misma edad de aquel día, con el velo y la corona con que se había casado, la diadema de esmeraldas rojas y los anillos de boda, como su madre lo había dispuesto con su último suspiro. No sólo la vio como fue en vida, con su misma tristeza inconsolable, sino que se sintió vista por ella desde la muerte, querida y llorada por ella, hasta que el cuerpo se desbarató en su propio polvo final y sólo quedó la osamenta carcomida que los sepultureros desempolvaron con una escoba y la guardaron sin misericordia en un saco de huesos.

Dos horas después, Ana Magdalena le dio una última mirada de compasión a su propio pasado y un adiós para siempre a sus desconocidos de una noche y a las tantas y tantas horas de incertidumbres que quedaban de ella misma dispersas en la isla. El mar era un remanso de oro bajo el sol de la tarde. A las seis, cuando el marido la vio entrar en la casa arrastrando sin misterios el saco de huesos, no pudo resistir su sorpresa.

—Es lo que queda de mi madre —le dijo ella, y se anticipó a su espanto.

—No te asustes —le dijo—. Ella lo entiende. Más aún, creo que es la única que ya lo había entendido cuando decidió que la enterraran en la isla.

শেষাংশ

Nota del editor

El 18 de marzo de 1999 los lectores de Gabriel García Márquez recibieron la feliz noticia de que el Nobel colombiano trabajaba en un nuevo libro compuesto por cinco relatos autónomos con una misma protagonista: Ana Magdalena Bach. La autora de la exclusiva, la periodista Rosa Mora, publicó tres días después en el diario *El País* una entrevista con el autor junto con el primer cuento del libro, «En agosto nos vemos». García Márquez lo había leído unos días antes en la Casa de América en Madrid, donde participaba, junto al también Nobel José Saramago, en un foro sobre la fuerza de la creación iberoamericana. En lugar de pronunciar un discurso, sorprendió a su audiencia leyendo una primera versión del primer capítulo de la novela que el lector tiene ahora entre sus manos. Rosa Mora añadía: «“En agosto nos vemos” formará parte de un libro que incluirá otras tres novelas de ciento cincuenta páginas, que Gabo tiene ya prácticamente escritas, y es probable que incluya una cuarta, porque, según explica, se le ha ocurrido una idea que le atrae. El común denominador del libro es que tratará de historias de amor de gente mayor».

Unos años después la fortuna hizo que mi destino se cruzara con el de García Márquez, uno de mis escritores de cabecera desde mi adolescencia. La lectura apasionada de su obra, junto con la de Rulfo, Borges y Cortázar, me había llevado a cruzar el Atlántico para cursar un doctorado en literatura de América Latina en la Universidad de Texas en Austin. En agosto de 2001, ya de regreso en Barcelona como editor de Random House Mondadori, Carmen Balcells me llamó para

citarme en la agencia, casi vacía en aquellos días de verano. Debía ponerme al teléfono con García Márquez, necesitado de un editor de guardia para sus memorias. Su editor habitual, mi querido amigo Claudio López de Lamadrid, estaba de vacaciones. Así comenzó mi trabajo codo a codo con el escritor colombiano en la edición final de *Vivir para contarla*, revisando un manuscrito que me iba llegando a cuentagotas por correo electrónico o fax y que yo le devolvía con mis anotaciones, que consistían fundamentalmente en comprobación de datos. Me agradeció especialmente la noticia de que *La metamorfosis* de Kafka, cuya lectura cambió su universo narrativo, no había sido realmente traducida por Borges, aunque la edición argentina que utilizó así lo consignara en portada. Aunque estaba en Los Ángeles recuperándose de una enfermedad, el trabajo editorial a distancia me permitió ser testigo de la carpintería del escritor, desde la reescritura del capítulo dedicado al «Bogotazo», hasta el brillante cambio de una letra en el título para evitar un conflicto con otro autor. Aunque por un azar imprevisto pude conocerlo personalmente junto con Mercedes Barcha en un restaurante de Barcelona, no reanudamos nuestra relación como autor y editor hasta el año 2008.

En mayo de 2003, tras una larga temporada en Los Ángeles, Gabriel García Márquez y Mercedes Barcha regresan a su casa en México, donde los recibe una nueva secretaria personal que acababan de contratar, Mónica Alonso. Su testimonio es crucial para reconstruir la cronología de la creación de *En agosto nos vemos*. Según Mónica Alonso, el 9 de junio de 2002 el escritor terminó de revisar las galeradas finales de las memorias, tarea en la que le ayudaba el editor Antonio Bolívar. Tras despejar su escritorio de las versiones y notas del libro entregado, recibió la noticia de que su madre había muerto ese mismo día. Con esa enigmática coincidencia se cerraba el círculo que se inicia en el comienzo de sus memorias: «Mi madre me pidió que la acompañara a vender la casa». El escritor se encontraba sin un proyecto inminente cuando, en la revisión de los cajones de su estudio, Mónica encontró una carpeta que contenía dos manuscritos: uno titulado «Ella» y otro «En agosto nos vemos». Desde agosto de 2002 hasta julio de 2003, García Márquez trabaja intensamente en

«Ella», cuyo título cambiaría a *Memoria de mis putas tristes* cuando se publicó en el año 2004. Ésta sería su última obra de ficción publicada en vida.

Pero la publicación en mayo de 2003 de otro fragmento de *En agosto nos vemos* parecería una declaración pública de que García Márquez seguía también adelante con su último proyecto narrativo. El tercer capítulo de *En agosto nos vemos* se publicó como un cuento inédito, titulado «La noche del eclipse», en la revista *Cambio* de Colombia el 19 de mayo de 2003 y unos días después en *El País*. Según Mónica Alonso, a partir de julio de 2003 el escritor retoma con intensidad el trabajo en el manuscrito de la novela. Es así como, a partir de entonces, y hasta finales de 2004, acumula hasta cinco versiones numeradas sucesivas, aparte de unos primeros borradores tempranos y una versión que había traído de Los Ángeles. Todas estas versiones fechadas se encuentran entre los papeles del escritor custodiados en el Harry Ransom Center de la Universidad de Texas en Austin.

Tras llegar a la quinta versión dejó de trabajar en la novela y envió un ejemplar a su agente, Carmen Balcells. «A veces hay que dejar reposar los libros», le confió a Mónica Alonso. Una efeméride importante le esperaba, la celebración del cuarenta aniversario de la publicación de *Cien años de soledad*, con una edición conmemorativa de la Real Academia de la Lengua Española, y los preparativos lo iban a mantener ocupado. Su participación en la sesión de apertura del congreso, el 26 de marzo de 2007 en Cartagena, sería uno de sus últimos actos públicos multitudinarios.

En marzo de 2008, ya instalado en México como director editorial de Random House Mondadori, retomé la relación como editor con el encargo de Carmen Balcells de trabajar con García Márquez en un libro que recogiera sus textos para ser leídos en público, que se publicaría dos años después con el título *Yo no vengo a decir un discurso*. Las frecuentes visitas a su estudio, al menos una vez al mes, se tradujeron en una larga conversación sobre los libros, autores y temas que trataba en los textos de la edición.

En el verano de 2010 Carmen Balcells me informó en Barcelona de

que García Márquez tenía una novela inédita a la que no le encontraba un final y me pidió que lo animara a terminarla. Me adelantó que trataba de una mujer madura casada que visita la isla en la que está enterrada su madre y donde encuentra al amor de su vida. A mi regreso a México lo primero que hice fue preguntarle a Gabo por la novela y confiarle las palabras de su agente. Gabo me confesó divertido que no era el amor de su vida lo que su protagonista encontraba, sino un amante diferente en cada visita. Y para probarme que sí tenía un final, le pidió a Mónica la última versión, siempre en las carpetas alemanas Leuchtturm que encuadernaban sus manuscritos, y me leyó el último párrafo con el que cerraba la historia de manera deslumbrante. Era muy celoso de su trabajo en curso, pero unos meses después me permitió leer tres capítulos en voz alta junto a él. Recuerdo la impresión que me dejó de maestría absoluta con un tema original que no había abordado antes en sus obras, y la esperanza de que algún día sus lectores pudieran compartirlo.

Su memoria ya no le permitía encajar todas las piezas y correcciones de su versión última, pero la revisión del texto fue por un tiempo la mejor manera de ocupar sus días en el estudio haciendo lo que más le gustaba hacer: proponiendo un adjetivo aquí o un detalle que podía cambiar allá. La versión 5, fechada el 5 de julio de 2004, y en cuya primera página escribió «Gran OK final. Datos sobre ella CAP 2. Ojo: probable cap. Final / ¿es el mejor?», era claramente su preferida y allí decidió volcar con Mónica algunas sugerencias anotadas en versiones anteriores. Al mismo tiempo Mónica mantenía una versión digital en la que aún convivían fragmentos de otras opciones o escenas que el autor había considerado anteriormente. Estos dos documentos son la base de esta edición.

La relación entre un autor y un editor es un pacto de confianza basado en el respeto. El privilegio de trabajar con Gabriel García Márquez es un ejercicio constante de humildad que, en mi caso, se asienta en sus propias palabras cuando Carmen me pasó el teléfono en nuestra primera conversación: «Quiero que seas lo más crítico posible, pues una vez ponga el punto final ya no vuelvo a revisar nada». Mi

labor en esta edición ha sido la de un restaurador ante el lienzo de un gran maestro. Partiendo del documento digital mantenido por Mónica Alonso, y confrontándolo con la versión 5 —donde en los últimos años fue volcando pequeñas correcciones de otras versiones—, que él consideraba final, he revisado cada anotación suya manuscrita, o dictada a Mónica Alonso, cada palabra o frase cambiada o eliminada, cada opción al margen, para decidir su incorporación a esta versión final. El trabajo de un editor no consiste en cambiar un libro, sino en hacerlo más fuerte con lo que ya está en la página, y esa ha sido la esencia de mi trabajo editorial. Eso incluye, entre otras cosas, la comprobación y corrección de datos, desde los nombres de músicos o autores citados, hasta la coherencia en la edad de la protagonista tal como él lo planeó en sus notas al margen.

Espero que los lectores de *En agosto nos vemos* compartan el mismo respeto y asombro que he sentido las decenas de veces que he leído este texto, lecturas en las que sentía la presencia de Gabo sobre mi hombro, como en la foto que nos tomó un día Mónica cuando corregíamos juntos las pruebas de su libro de discursos.

Mi agradecimiento a Rodrigo y a Gonzalo García Barcha por la confianza que depositaron en mí el día de agosto en que me llamaron para informarme de que habían decidido que *En agosto nos vemos* debía publicarse y que yo sería el editor. Ante el abrumador peso de la responsabilidad, su ánimo y confianza a lo largo de todo el proceso ha sido la mayor recompensa del trabajo editorial de mi vida. El recuerdo de Mercedes Barcha, que un día decidió abrirme la puerta de su casa, además de la del estudio, ha estado siempre presente en estos meses. La fidelidad y compromiso de Mónica Alonso con el escritor han sido esenciales para que el texto llegara a nuestras manos y le agradezco el tiempo que me ha dedicado para reconstruir la historia de su escritura. También estamos todos en deuda con el equipo del Harry Ransom Center de la Universidad de Texas en Austin, donde se custodian los archivos del escritor, por su trabajo de reproducción digital de los manuscritos de la novela, esencial para llevar a buen término esta edición: Stephen Enniss, Jim Kuhn, Vivie Behrens, Cassandra Chen, Elizabeth Garver y Alejandra Martínez. Al gran editor

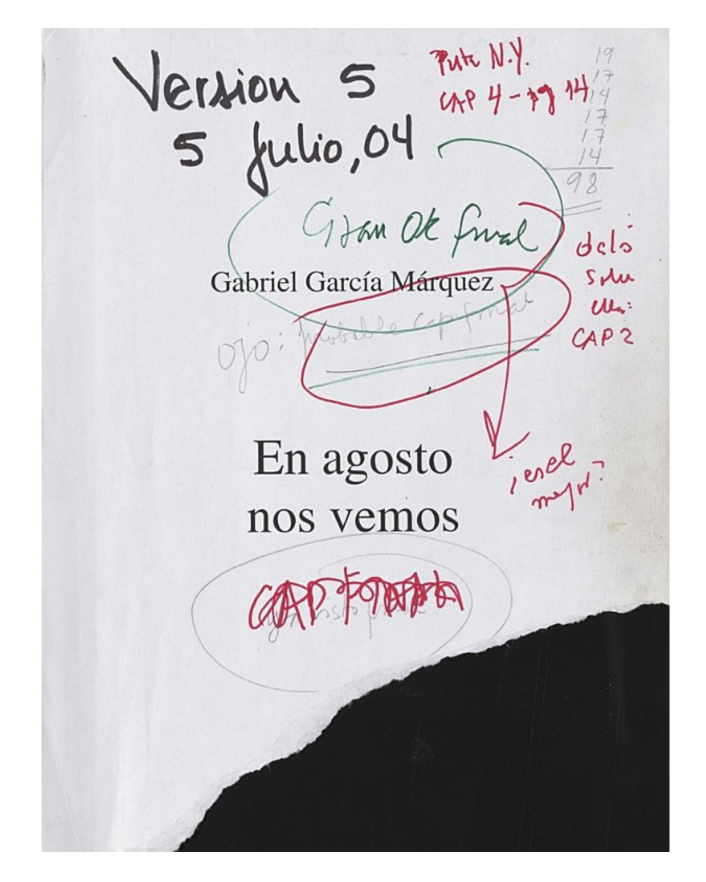
y amigo Gary Fisketjon le agradezco una conversación que me ayudó a salir del bloqueo de editor. Su experiencia ha sido una guía, como lo sigue siendo nuestro añorado editor jefe, Sonny Mehta, a quien le habría encantado publicar este libro. Gracias muy especiales a mi esposa, Elizabeth, y a nuestros hijos, Nicholas y Valerie, por su apoyo en mis largas temporadas en el ático, encerrado con la novela. Finalmente, mi agradecimiento más profundo a Gabo, por su humanidad, su sencillez y el afecto que siempre repartió ante cualquiera que se acercara a él pensando que era un dios para demostrar con su sonrisa que era un hombre. Su recuerdo en estos meses ha sido el mayor aliciente para llegar hasta aquí.

CRISTÓBAL PERA
Febrero de 2023

El original

Cuatro páginas facsimilares

A continuación se presentan cuatro muestras facsimilares de páginas de la carpeta marcada como «Versión 5» de *En agosto nos vemos*. Estas carpetas fueron ordenadas y clasificadas por la secretaria de García Márquez, Mónica Alonso, quien mantenía también un documento de Word de donde fueron saliendo las diferentes versiones. En sus últimos años, cuando ya no podía trabajar en la visión general de la novela, García Márquez hacía pequeñas correcciones, sugerencias y cambios en otras versiones, que se fueron consolidando en esta versión que él marcó con «Gran OK final».



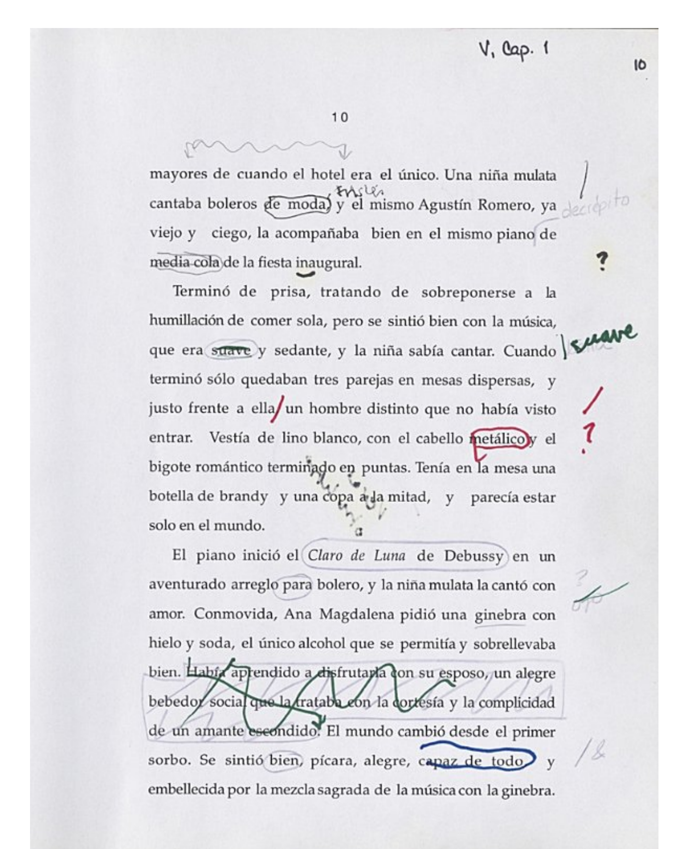
Portadilla de la versión 5

Primera página de la carpeta marcada como «Versión 5». En sus últimos años, García Márquez fue consolidando en esta versión anotaciones que había realizado en otras versiones anteriores. Aunque en esta primera página se lee «Gran OK final», la versión todavía contiene fragmentos que fueron corregidos en la versión digital en Word que conservó su secretaria, Mónica Alonso.

vísperas de la tercera edad. Se estiró las mejillas hacia atrás con los cantos de las manos para acordarse de cómo había sido de joven. Pasó por alto las arrugas del cuello, que no tenían remedio, y se revisó los dientes perfectos y recién cepillados después del almuerzo en el transbordador. Se frotó con el pomo del desodorante las axilas bien afeitadas y se puso la camisa de algodón fresco con las iniciales AMB bordadas a mano en el bolsillo. Se cepilló el cabello indio, largo hasta los hombros, y se amarró la cola de caballo con la pañoleta de pájaros. Para terminar se suavizó los labios con el lápiz labial de vaselina simple, se humedeció los índices en la lengua para alisarse las cejas encontradas, se dio un toque de *Maderas de Oriente* detrás de cada oreja, y se enfrentó por fin al espejo con su rostro de madre otoñal. La piel sin un rastro de cosméticos tenía el color y la textura de la melaza, y los ojos de topacio eran hermosos con oscuros párpados portugueses. Se trituró a fondo, se juzgó sin piedad, y se encontró casi tan bien como se sentía. Sólo cuando se puso el anillo y el reloj se dio cuenta de su retraso: faltaban seis para las cuatro. Pero se concedió un minuto de nostalgia para contemplar las garzas que planeaban inmóviles en el vapor ardiente de la laguna. Los nubarrones negros del lado del

Página 3 de la versión 5

En esta página se pueden apreciar las marcas de corrección a las que García Márquez sometía a su texto en posteriores lecturas. La referencia a la protagonista «en vísperas de la tercera edad» aparece marcada con un interrogante y desaparece en la edición final, ya que Ana Magdalena Bach tiene cuarenta y seis años. Otras pequeñas variantes provienen de la versión digital en Word.


V, Cap. 1

10

10

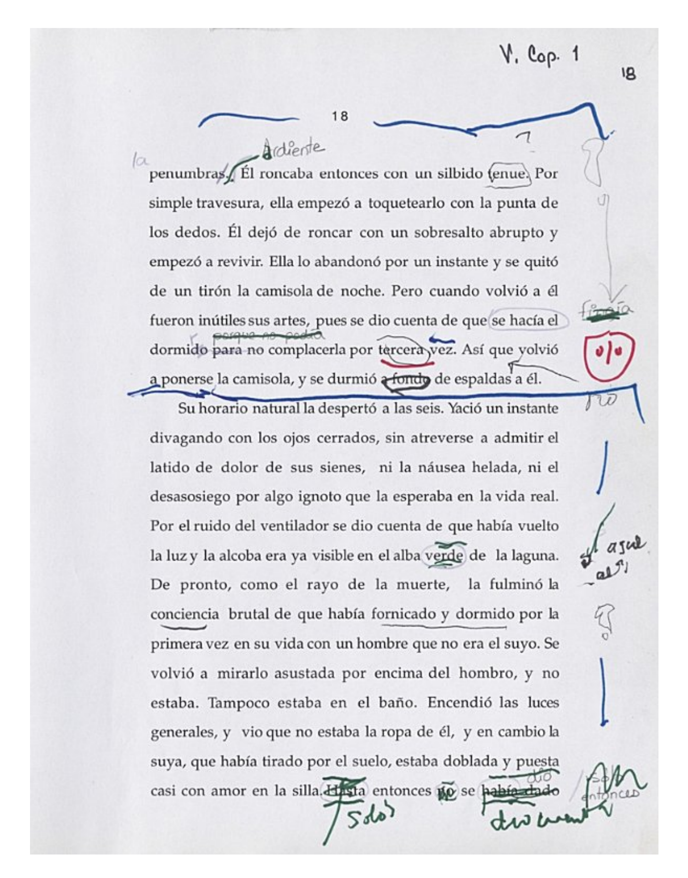
mayores de cuando el hotel era el único. Una niña mulata cantaba boleros de moda y el mismo Agustín Romero, ya viejo y ciego, la acompañaba bien en el mismo piano de media cola de la fiesta inaugural.

Terminó de prisa, tratando de sobreponerse a la humillación de comer sola, pero se sintió bien con la música, que era suave y sedante, y la niña sabía cantar. Cuando terminó sólo quedaban tres parejas en mesas dispersas, y justo frente a ella un hombre distinto que no había visto entrar. Vestía de lino blanco, con el cabello metálico y el bigote romántico terminado en puntas. Tenía en la mesa una botella de brandy y una copa a la mitad, y parecía estar solo en el mundo.

El piano inició el *Claro de Luna* de Debussy en un aventurado arreglo para bolero, y la niña mulata la cantó con amor. Conmovida, Ana Magdalena pidió una ginebra con hielo y soda, el único alcohol que se permitía y sobrellevaba bien. Había aprendido a disfrutarla con su esposo, un alegre bebedor social que la trataba con la cortesía y la complicidad de un amante escondido. El mundo cambió desde el primer sorbo. Se sintió bien, pícara, alegre, capaz de todo y embellecida por la mezcla sagrada de la música con la ginebra.

Página 10 de la versión 5

La referencia al «bigote romántico terminado en puntas» del personaje en el capítulo primero desaparece en la edición final. En el capítulo sexto la protagonista encuentra a este mismo hombre en la ciudad, pero le lleva un tiempo identificarlo porque lo conoció sin bigote: «Sólo entonces cayó en la cuenta de que tal vez no había podido reconocerlo por el bigote de mosquetero que no llevaba en la isla».


V. Cap. 1

18

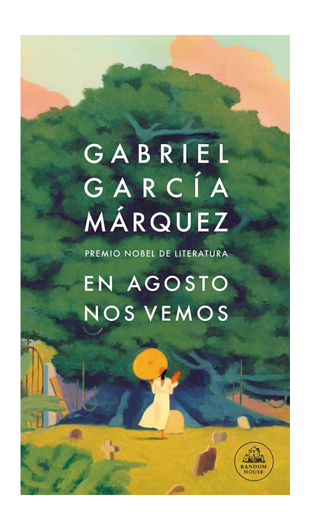
penumbras. Él roncaba entonces con un silbido tenue. Por simple travesura, ella empezó a toquetearlo con la punta de los dedos. Él dejó de roncar con un sobresalto abrupto y empezó a revivir. Ella lo abandonó por un instante y se quitó de un tirón la camisola de noche. Pero cuando volvió a él fueron inútiles sus artes, pues se dio cuenta de que se hacía el dormido para no complacerla por tercera vez. Así que volvió a ponerse la camisola, y se durmió a fondo de espaldas a él.

Su horario natural la despertó a las seis. Yació un instante divagando con los ojos cerrados, sin atreverse a admitir el latido de dolor de sus sienes, ni la náusea helada, ni el desasosiego por algo ignoto que la esperaba en la vida real. Por el ruido del ventilador se dio cuenta de que había vuelto la luz y la alcoba era ya visible en el alba verde de la laguna. De pronto, como el rayo de la muerte, la fulminó la conciencia brutal de que había fornicado y dormido por la primera vez en su vida con un hombre que no era el suyo. Se volvió a mirarlo asustada por encima del hombro, y no estaba. Tampoco estaba en el baño. Encendió las luces generales, y vio que no estaba la ropa de él, y en cambio la suya, que había tirado por el suelo, estaba doblada y puesta casi con amor en la silla. Hasta entonces no se había dado

Página 18 de la versión 5

En esta página se puede apreciar, como en muchas otras, correcciones a mano de la secretaria de García Márquez, Mónica Alonso, cuando añade un adjetivo como «ardiente». Era usual que en algunas sesiones ella le leyera el texto y García Márquez le pidiera que anotara algún cambio. Al mismo tiempo, otros cambios se iban pasando a la versión en Word, como la duda sobre el adjetivo «tenue» que acaba allí como «continuo».

Un maravilloso regalo inesperado para los innumerables lectores de García Márquez.



Cada mes de agosto Ana Magdalena Bach toma el transbordador hasta la isla donde está enterrada su madre para visitar la tumba en la que yace. Esas visitas acaban suponiendo una irresistible invitación a convertirse en una persona distinta durante una noche al año. Escrita en el inconfundible y fascinante estilo de García Márquez, *En agosto nos vemos* es un canto a la vida, a la resistencia del goce pese al paso del tiempo y al deseo femenino. Un regalo inesperado para los innumerables lectores del Nobel colombiano.

Gabriel García Márquez (1927-2014), nacido en Colombia, es una de las figuras más importantes e influyentes de la literatura universal. Ganador del Premio Nobel de Literatura en 1982, fue, además de novelista, cuentista, ensayista, crítico cinematográfico, autor de guiones y, sobre todo, un intelectual comprometido con los grandes problemas de nuestro tiempo, y en primer término con los que afectaban a su amada Colombia y a Hispanoamérica en general. Máxima figura del llamado «realismo mágico», en el que historia e imaginación tejen el tapiz de una literatura viva, que respira por todos sus poros, fue en definitiva el hacedor de uno de los mundos narrativos más densos de significado que ha dado la lengua española en el siglo XX. Entre sus novelas más importantes figuran *Cien años de soledad*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *Relato de un náufrago*, *Crónica de una muerte anunciada*, *La mala hora*, *El general en su laberinto*, el libro de relatos *Doce cuentos peregrinos*, *El amor en los tiempos del cólera* y *Diatriba de amor contra un hombre sentado*. En el año 2002 publicó la primera parte de su autobiografía, *Vivir para contarla*; en 2004 volvió a la ficción con *Memorias de mis putas tristes*, y en 2012 sus relatos fueron recopilados en *Todos los cuentos*.



Primera edición: marzo de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Reproducción facsimilar de las páginas del manuscrito:
Harry Ransom Center, The University of Texas at Austin

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
Ilustración de portada: © David de las Heras

ISBN: 978-84-397-4308-8

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice